

Boletín del Obispado de Tui-Vigo

2015/6 (Noviembre-Diciembre)

Número Histórico 2.773

FOTO PORTADA:

Serie imágenes arciprestazgo de Entenza
San Paio. Parroquia San Paio de Alxén

Edita: OBISPADO DE TUI-VIGO

Dirige: Manuel Lage Lorenzo

Administra: Alfonso Fernández Galiana

Dr. Corbal, 90 - 36207 Vigo

Teléfono 986 375 153

E-mail: bispado@diocesetuivigo.org

D.L. VG. 46

Imprime: Imprenta Medios - O Rosal - Telf. 986 610 112

Supcripción anual (2015): 26 €

Sumario

IGLESIA UNIVERSAL

Del Santo Padre

Audiencias Generales:

La Familia (31): <i>Perdona nuestras deudas</i>	491
La Familia (32): <i>Convivencia</i>	495
La Familia (33): <i>La puerta de la bienvenida</i>	499
Porqué un Jubileo de la Misericordia	503
Signos del Jubileo	507
Jubileo de Navidad de la Misericordia	511

Homilías:

Solemnidad de Todos los Santos	513
Jubileo extraordinario de la Misericordia	
Santa Misa y apertura de la Puerta Santa	515
Santa Misa de Nochebuena	
Natividad del Señor	519
Santa Misa para las familias	
Fiesta de la Sagrada Familia de Jesús, María y José	521

Viajes Apostólicos:

Encuentro con el Clero, los Religiosos y los Seminaristas	523
Visita a la oficina de las Naciones Unidas en Nairobi (U.N.O.N.)	527
Visita a Munyonyo y saludo a los catequistas y profesores	533
Santa Misa por los mártires de Uganda	535
Encuentro con los jóvenes	537
Visita a la casa de la caridad de Nalukolongo	541
Encuentro con Sacerdotes, Religiosos, Religiosas y Seminaristas	543

IGLESIA DIOCESANA

Obispo

Decretos:

Decreto de constitución del Consejo de Presbiterio	549
Sesión de Constitución del Consejo de Presbiterio Diocesano	553
Sesión de Constitución do Consello de Presbiterio Diocesano (Galego)	557
Homilía Apertura Año Jubilar de la Misericordia	561
Homilía Apertura Ano Xubilar da Misericordia (Galego)	565

Cancillería-Secretaría

Nombramientos	571
En la Paz de Cristo	573

Crónica Diocesana

Agenda	577
--------------	-----

IGLESIA UNIVERSAL



DEL SANTO PADRE

AUDIENCIAS GENERALES

LA FAMILIA (31): PERDONA NUESTRAS DEUDAS*

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

La Asamblea del Sínodo de los obispos, que concluyó hace poco, reflexionó en profundidad sobre la vocación y la misión de la familia en la vida de la Iglesia y de la sociedad contemporánea. Ha sido un acontecimiento de gracia. Al finalizar, los padres sinodales me entregaron el texto de sus conclusiones. He querido que ese texto fuese publicado, para que todos sean partícipes del trabajo al que durante dos años nos hemos dedicado juntos. No es este el momento de examinar dichas conclusiones, sobre las que debo meditar.

Pero, entretanto, la vida no se detiene; en especial la vida de las familias no se detiene. Vosotras, queridas familias, estáis siempre en camino. Y continuamente escribís en las páginas de la vida concreta la belleza del Evangelio de la familia. En un mundo que a veces llega a verse árido de vida y de amor, vosotras cada día habláis del gran don que son el matrimonio y la familia.

Hoy quisiera destacar este aspecto: que la familia es un gran gimnasio de *entrenamiento en el don y en el perdón recíproco* sin el cual ningún amor puede ser duradero. Sin entregarse y sin perdonarse el amor no permanece, no dura. En la oración que Él mismo nos enseñó —es decir el Padrenuestro— Jesús nos hace pedirle al Padre: «*Perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden*». Y al final comenta: «Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, también os perdonará vuestro Padre celestial, pero si no perdonáis a los hombres, tampoco vuestro Padre perdonará vuestras ofensas» (Mt 6, 12.14-15). No se puede vivir sin perdonarse, o al menos no se puede vivir bien, especialmente en la familia. Cada día nos ofendemos unos a otros. Tenemos que considerar estos errores, debidos a nuestra fragilidad y a nuestro egoísmo. Lo que se nos pide es curar inmediatamente las heridas que nos provocamos, volver a tejer de inmediato los hilos que rompemos en la familia. Si esperamos demasiado, todo se hace

* 4 de noviembre

más difícil. Y hay un secreto sencillo para curar las heridas y disipar las acusaciones. Es este: no dejar que acabe el día sin pedirse perdón, sin hacer las paces entre marido y mujer, entre padres e hijos, entre hermanos y hermanas... entre nuera y suegra. Si aprendemos a pedirnos inmediatamente perdón y a darnos el perdón recíproco, se sanan las heridas, el matrimonio se fortalece y la familia se convierte en una casa cada vez más sólida, que resiste a las sacudidas de nuestras pequeñas y grandes maldades. Y por esto no es necesario dar un gran discurso, sino que es suficiente una caricia: una caricia y todo se acaba, y se recomienza. Pero no terminar el día en guerra.

Si aprendemos a vivir así en la familia, lo hacemos también fuera, donde sea que nos encontremos. Es fácil ser escéptico en esto. Muchos —también entre los cristianos— piensan que se trate de una exageración. Se dice: sí, son hermosas palabras, pero es imposible ponerlas en práctica. Pero gracias a Dios no es así. En efecto, es precisamente recibiendo el perdón de Dios que, a su vez, somos capaces de perdonar a los demás. Por ello Jesús nos hace repetir estas palabras cada vez que rezamos la oración del Padrenuestro, es decir cada día. Es indispensable que, en una sociedad a veces despiadada, haya espacios, como la familia, donde se aprenda a perdonar los unos a los otros.

El Sínodo ha reavivado nuestra esperanza también en esto: forma parte de la vocación y de la misión de la familia la capacidad de perdonar y de perdonarse. La práctica del perdón no sólo salva a las familias de la división, sino que las hace capaces de ayudar a la sociedad a ser menos mala y menos cruel. Sí, cada gesto de perdón repara la casa ante las grietas y consolida sus muros. La Iglesia, queridas familias, está siempre cerca de vosotras para ayudaros a construir vuestra casa sobre la roca de la cual habló Jesús. Y no olvidemos estas palabras que preceden inmediatamente la parábola de la casa: «No todo el que me dice “Señor, Señor” entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad del Padre». Y añade: «Muchos me dirán ese día: Señor, Señor, ¿no hemos profetizado en tu nombre y echado demonios en tu nombre? Entonces yo les declararé: Nunca os he conocido» (cf. *Mt* 7, 21-23). Es una palabra fuerte, no cabe duda, que tiene la finalidad de sacudirnos y llamarnos a la conversión.

Os aseguro, queridas familias, que si seréis capaces de caminar cada vez más decididamente por la senda de las Bienaventuranzas, aprendiendo y enseñando a perdonaros mutuamente, en toda la gran familia de la Iglesia crecerá la capacidad de dar testimonio de la fuerza renovadora del perdón de Dios. De otro modo, haremos predicaciones incluso muy bellas, y tal vez también expulsaremos algún demonio, pero al final el Señor no nos reconocerá como sus discípulos, porque no hemos tenido la capacidad de perdonar y de dejarnos perdonar por los demás.

Las familias cristianas pueden hacer mucho por la sociedad de hoy, y también por la Iglesia. Por eso deseo que en el Jubileo de la misericordia las familias redescubran el tesoro del perdón mutuo. Recemos para que las familias sean cada vez más capaces de vivir y de construir caminos concretos de reconciliación, donde nadie se sienta abandonado bajo el peso de sus ofensas.

Con esta intención, digamos juntos: «Padre nuestro, perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden». [Digámoslo juntos: «Padre nuestro, perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden»].

LA FAMILIA (32): CONVIVENCIA*

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy reflexionaremos sobre una cualidad característica de la vida familiar que se aprende desde los primeros años de vida: la *convivialidad*, es decir, la actitud de compartir los bienes de la vida y ser felices de poderlo hacer. ¡Compartir y saber compartir es una virtud preciosa! Su símbolo, su «icono», es la familia reunida alrededor de la mesa doméstica. Compartir los alimentos —y por lo tanto, además de los alimentos, también los afectos, las historias, los acontecimientos...— es una experiencia fundamental. Cuando hay una fiesta, un cumpleaños, un aniversario, nos reunimos alrededor de la mesa. En algunas culturas es habitual hacerlo también por el luto, para estar cerca de quien se encuentra en el dolor por la pérdida de un familiar.

La convivialidad es un termómetro seguro para medir la salud de las relaciones: si en la familia hay algo que no va bien, o alguna herida escondida, en la mesa se percibe inmediatamente. Una familia que no come casi nunca junta, o en cuya mesa no se habla sino que se ve la televisión, o el *smartphone*, es una familia «poco familia». Cuando los hijos en la mesa están pegados al ordenador, al móvil, y no se escuchan entre ellos, esto no es familia, es una pensión.

El cristianismo tiene una especial vocación a la convivialidad, todos lo saben. El Señor Jesús enseñaba de buena gana en la mesa, y algunas veces representaba el Reino de Dios como un banquete festivo. Jesús también escogió el lugar para juntarse a comer para entregar a sus discípulos su testamento espiritual —lo hizo durante la cena— concentrado en el gesto memorial de su sacrificio: entrega de su cuerpo y de su sangre como alimento y bebida de salvación, que nutren el amor verdadero y duradero.

En esta perspectiva, podemos decir que la familia es «de casa» en la misa, precisamente porque lleva a la Eucaristía la propia experiencia de convivialidad y la abre a la gracia de una convivialidad universal, del amor de Dios por el mundo. Participando en la Eucaristía, la familia es purificada de la tentación de cerrarse en sí misma, fortalecida en el amor y en la fidelidad, y extiende los confines de su fraternidad según el corazón de Cristo.

* 11 de noviembre

En nuestro tiempo, marcado por tantas cerrazones y tantos muros, la convivialidad, generada por la familia y dilatada desde la Eucaristía, se convierte en una oportunidad crucial. La Eucaristía y las familias que se nutren de ella pueden vencer las cerrazones y construir puentes de acogida y caridad. Sí, la Eucaristía de una Iglesia de familias, capaces de restituir a la comunidad la levadura dinámica de la convivialidad y la hospitalidad recíproca, ¡es una escuela de inclusión humana que no teme confrontaciones! No existen pequeños, huérfanos, débiles, indefensos, heridos y desilusionados, desesperados y abandonados, que la convivialidad eucarística de las familias no pueda nutrir, dar de comer, proteger y hospedar.

La memoria de las virtudes familiares nos ayuda a entender. Nosotros mismos hemos conocido, y aún conocemos, los milagros que pueden suceder cuando una madre se preocupa, atiende y cuida a los hijos de los demás, y no sólo los suyos. ¡Hasta ayer, bastaba una mamá para todos los niños del patio! Y además: sabemos bien la fuerza que adquiere un pueblo cuyos padres están preparados para movilizarse con el fin de proteger a los hijos de todos, porque consideran a los hijos un bien indiviso, que están felices y orgullosos de proteger.

Hoy muchos contextos sociales ponen obstáculos a la convivialidad familiar. Es verdad, hoy no es fácil. Debemos encontrar el modo de recuperarla; en la mesa se habla, en la mesa se escucha. Nada de silencio, ese silencio que no es el silencio de las monjas de clausura, es el silencio del egoísmo donde cada uno se dedica a lo suyo, o la televisión o el ordenador... y no se habla. No, nada de silencio. Hay que recuperar esta convivialidad familiar, adaptándola a los tiempos. La convivialidad parece que se haya convertido en una cosa que se compra y se vende, pero así es otra cosa. Y la nutrición no es siempre el símbolo de un justo compartir de los bienes, capaz de llegar a quien no tiene ni pan ni afectos. En los países ricos se nos induce a gastar en una nutrición excesiva, y luego se nos induce de nuevo para remediar el exceso. Y este «negocio» insensato desvía nuestra atención del hambre verdadera, del cuerpo y del alma. Cuando no hay convivialidad hay egoísmo, cada uno piensa en sí mismo. Sobre todo porque la publicidad la ha reducido a una debilidad por las golosinas y a un deseo de dulces. Mientras tanto, muchos hermanos y hermanas se quedan fuera de la mesa. ¡Es un poco vergonzoso!

Miremos el misterio del banquete eucarístico. El Señor entrega su cuerpo y derrama su sangre por todos. De verdad no existe división que pueda resistir a este sacrificio de comunión; sólo la actitud de falsedad, de complicidad con el mal puede excluir de él. Cualquier otra distancia no puede resistir a la potencia indefensa de este pan partido y de este vino derramado, sacramento del único cuerpo del Señor. La alianza viva y vital de las familias cristianas, que precede, sostiene y

abrazo en el dinamismo de su hospitalidad las fatigas y las alegrías cotidianas, coopera con la gracia de la Eucaristía, que es capaz de crear comunión siempre nueva con su fuerza que incluye y que salva.

La familia cristiana mostrará precisamente de este modo, la amplitud de su verdadero horizonte, que es el horizonte de la Iglesia Madre de todos los hombres, de todos los abandonados y de los excluidos, en todos los pueblos. Recemos para que esta convivialidad familiar pueda crecer y madurar en el tiempo de gracia del próximo Jubileo de la Misericordia.

LA FAMILIA (33): LA PUERTA DE LA BIENVENIDA*

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Con esta reflexión hemos llegado a los umbrales del Jubileo, ya se acerca. Delante de nosotros se encuentra la puerta, pero no sólo la Puerta santa, sino la otra: la gran puerta de la Misericordia de Dios —y esa es una puerta hermosa—, que acoge nuestro arrepentimiento ofreciendo la gracia de su perdón. La puerta está generosamente abierta, pero es necesario un poco de coraje por nuestra parte para cruzar el umbral. Cada uno de nosotros tiene dentro de sí cosas que pesan. ¡Todos somos pecadores! Aprovechemos este momento que viene y crucemos el umbral de esta misericordia de Dios que nunca se cansa de perdonar, ¡nunca se cansa de esperarnos! Nos mira, está siempre a nuestro lado. ¡Ánimo! Entremos por esta puerta.

Del Sínodo de los obispos, que celebramos el pasado mes de octubre, todas las familias, y la Iglesia entera, han recibido un gran aliento para encontrarse en el umbral de esta puerta. La Iglesia ha sido animada a abrir sus puertas, para salir con el Señor al encuentro de sus hijos y de sus hijas en camino, a veces indecisos, a veces perdidos, en estos tiempos difíciles. A las familias cristianas, especialmente, se las alentó a abrir la puerta al Señor que espera para entrar, trayendo su bendición y su amistad. Y si la puerta de la misericordia de Dios está siempre abierta, también las puertas de nuestras iglesias, comunidades, parroquias, instituciones, de nuestras diócesis, deben estar abiertas, para que así todos podamos salir a llevar esta misericordia de Dios. El Jubileo se refiere a la gran puerta de la misericordia de Dios, pero también a las pequeñas puertas de nuestras iglesias abiertas para dejar entrar al Señor —o muchas veces dejar salir al Señor— prisionero de nuestras estructuras, nuestro egoísmo y de muchas cosas.

El Señor no fuerza jamás la puerta: Él también pide permiso para entrar. El Libro del Apocalipsis dice: «Mira, estoy de pie a la puerta y llamo. Si alguien escucha mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo» (3, 20). ¡Imaginemos al Señor que toca a la puerta de nuestro corazón! Y en la última gran visión de este Libro del Apocalipsis, así se profetiza sobre la Ciudad de

*18 de noviembre

Dios: «Sus puertas no cerrarán, pues allí no habrá noche», lo que significa para siempre, porque «allí no habrá noche» (21, 25). Existen lugares en el mundo donde no se cierran las puertas con llave, todavía los hay. Pero existen muchos donde las puertas blindadas se han convertido en normales. No debemos rendirnos a la idea de tener que aplicar este sistema a toda nuestra vida, a la vida de la familia, de la ciudad, de la sociedad. Y mucho menos a la vida de la Iglesia. ¡Sería terrible! Una Iglesia inhospitalaria, así como una familia cerrada en sí misma, mortifica el Evangelio y aridece el mundo. ¡Nada de puertas blindadas en la Iglesia, nada! ¡Todo abierto!

La gestión simbólica de las «puertas» —de los umbrales, de los caminos, de las fronteras— se ha vuelto crucial. La puerta debe proteger, claro, pero no rechazar. La puerta no se debe forzar, al contrario, se pide permiso, porque la hospitalidad resplandece en la libertad de la acogida, y se oscurece en la prepotencia de la invasión. La puerta se abre frecuentemente, para ver si afuera hay alguien que espera, y tal vez no tiene la valentía, o ni siquiera la fuerza de tocar. Cuántas personas han perdido la confianza, no tienen el coraje de llamar a la puerta de nuestro corazón cristiano, a las puertas de nuestras iglesias... Y ellos están ahí, no tienen valor, hemos perdido su confianza: por favor, que esto no vuelva a suceder. La puerta dice muchas cosas de la casa, y también de la Iglesia. La gestión de la puerta necesita un atento discernimiento y, al mismo tiempo, debe inspirar gran confianza. Quisiera expresar una palabra de agradecimiento para todos los guardianes de las puertas: de nuestros edificios, de las instituciones cívicas, de las mismas iglesias. Muchas veces la sagacidad y la gentileza de la recepción son capaces de ofrecer una imagen de humanidad y de acogida de toda la casa, ya desde el ingreso. ¡Hay que aprender de estos hombres y mujeres, que son los guardianes de los lugares de encuentro y de acogida de la ciudad del hombre! A todos vosotros, guardianes de muchas puertas, sean éstas puertas de las casas o puertas de la iglesia, ¡muchas gracias! Y siempre con una sonrisa, mostrando siempre la hospitalidad de esa casa, de esa iglesia, para que la gente se sienta feliz y acogida en ese lugar.

En verdad, sabemos bien que nosotros mismos somos los custodios y los servidores de la Puerta de Dios, y ¿cómo se llama la puerta de Dios? ¡Jesús! Él nos ilumina en todas las puertas de la vida, incluidas la de nuestro nacimiento y nuestra muerte. Él mismo ha afirmado: «Yo soy la puerta: quien entre por mí se salvará y podrá entrar y salir, y encontrará pastos» (*Jn 10, 9*). Jesús es la puerta que nos hace entrar y salir. ¡Porque el rebaño de Dios es un refugio, no una prisión! La casa de Dios es un refugio, no una prisión, y la puerta se llama Jesús. Y si la puerta está cerrada, decimos: «¡Señor, abre la puerta!». Jesús es la puerta y nos

hace entrar y salir. Son los ladrones, los que tratan de evitar la puerta: es curioso, los ladrones siempre tratan de entrar por otro lado, por la ventana, por el tejado, pero evitan la puerta, porque tienen malas intenciones, y se meten en el rebaño para engañar a las ovejas y aprovecharse de ellas. Nosotros debemos pasar por la puerta y escuchar la voz de Jesús: si escuchamos su tono de voz, estamos seguros, estamos salvados. Podemos entrar sin temor y salir sin peligro. En este hermoso discurso de Jesús, se habla también del guardián, que tiene la tarea de abrir al buen Pastor (cf. *Jn* 10, 2). Si el guardián escucha la voz del Pastor, entonces abre, y hace entrar a todas las ovejas que el Pastor trae, todas, incluidas las perdidas en el bosque, que el buen Pastor ha ido a buscar. Las ovejas no las elige el guardián, no las elige el secretario parroquial o la secretaria de la parroquia; las ovejas son todas invitadas, son elegidas por el buen Pastor. El guardián —también él— obedece a la voz del Pastor. Entonces, podemos decir que nosotros debemos ser como ese guardián. La Iglesia es la portera de la casa del Señor, no es la dueña de la casa del Señor.

La Sagrada Familia de Nazaret sabe bien qué cosa significa una puerta abierta o cerrada, para quien espera un hijo, para quien no tiene refugio, para quien huye del peligro. Que las familias cristianas hagan del umbral de sus casas un pequeño gran signo de la Puerta de la misericordia y de la acogida de Dios. Es precisamente así como deberá ser reconocida la Iglesia, en cada rincón de la tierra: como la custodia de un Dios que llama, como la acogida de un Dios que no te cierra la puerta en la cara, con la excusa de que no eres de casa. Con este espíritu nos acercamos al Jubileo: estará la puerta santa, y ¡la puerta de la gran misericordia de Dios! También está la puerta de nuestro corazón para recibir todos el perdón de Dios y dar, a su vez, nuestro perdón, acogiendo a todos los que llaman a nuestra puerta.

PORQUÉ UN JUBILEO DE LA MISERICORDIA*

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Ayer he abierto aquí, en la basílica de San Pedro, la Puerta santa del Jubileo de la misericordia, después de haberla abierto en la catedral de Bangui, en Centrafría. Hoy quisiera reflexionar juntamente con vosotros acerca del significado de este Año santo, respondiendo a la pregunta: *¿por qué un Jubileo de la Misericordia?* ¿Qué significa esto?

La Iglesia tiene necesidad de este momento extraordinario. No digo: es bueno para la Iglesia este momento extraordinario. Digo: la Iglesia necesita este momento extraordinario. En nuestra época de profundos cambios, la Iglesia está llamada a ofrecer su contribución peculiar, haciendo visibles los signos de la presencia y de la cercanía de Dios. Y el Jubileo es un tiempo favorable para todos nosotros, para que contemplando la Divina Misericordia, que supera todo límite humano y resplandece sobre la oscuridad del pecado, lleguemos a ser testigos más convencidos y eficaces.

Dirigir la mirada a Dios, Padre misericordioso, y a los hermanos necesitados de misericordia, significa orientar la atención hacia el *contenido esencial del Evangelio*: Jesús, la Misericordia hecha carne, que hace visible a nuestros ojos el gran misterio del Amor trinitario de Dios. Celebrar un Jubileo de la Misericordia equivale a poner de nuevo en el centro de nuestra vida personal y de nuestras comunidades lo específico de la fe cristiana, es decir Jesucristo, el Dios misericordioso.

Un Año santo, por lo tanto, para *vivir la misericordia*. Sí, queridos hermanos y hermanas, este Año santo se nos ofrece para experimentar en nuestra vida el toque dulce y suave del perdón de Dios, su presencia junto a nosotros y su cercanía sobre todo en los momentos de mayor necesidad.

Este Jubileo, en definitiva, es un momento privilegiado para que la Iglesia aprenda a elegir únicamente «lo que a Dios más le gusta». Y, ¿qué es lo que «a Dios más le gusta»? Perdonar a sus hijos, tener misericordia con ellos, a fin de que ellos puedan a su vez perdonar a los hermanos, resplandeciendo como antorchas

*9 de diciembre

de la misericordia de Dios en el mundo. Esto es lo que a Dios más le gusta. San Ambrosio, en un libro de teología que había escrito sobre Adán, toma la historia de la creación del mundo y dice que Dios cada día, después de crear cada cosa — la luna, el sol o los animales— dice: «Y vio Dios que era bueno». Pero cuando hizo al hombre y a la mujer, la Biblia dice: «Vio que era muy bueno». San Ambrosio se pregunta: «¿Por qué dice “muy bueno”? ¿Por qué Dios está tan contento después de la creación del hombre y de la mujer?». Porque al final tenía alguien a quien perdonar. Es hermoso esto: la alegría de Dios es perdonar, la esencia de Dios es misericordia. Por ello en este año debemos abrir el corazón, para que este amor, esta alegría de Dios nos colme a todos con esta misericordia. El Jubileo será un «tiempo favorable» para la Iglesia si aprendemos a elegir «lo que a Dios más le gusta», sin ceder a la tentación de pensar que haya alguna otra cosa que sea más importante o prioritaria. Nada es más importante que elegir «lo que a Dios más le gusta», es decir su misericordia, su amor, su ternura, su abrazo, sus caricias.

También la necesaria obra de renovación de las instituciones y de las estructuras de la Iglesia es un medio que debe llevarnos a tener una experiencia viva y vivificante de la misericordia de Dios que, ella sola, puede garantizar a la Iglesia ser esa ciudad ubicada sobre un monte que no puede permanecer oculta (cf. Mt 5, 14). Resplandece sólo una Iglesia misericordiosa. Si olvidáramos, incluso por un momento, que la misericordia es «aquello que a Dios más le gusta», cada uno de nuestros esfuerzos sería en vano, porque nos convertiríamos en esclavos de nuestras instituciones y de nuestras estructuras, por más renovadas que puedan estar. Pero seremos siempre esclavos.

«Sentir intensamente dentro de nosotros la alegría de haber sido encontrados por Jesús, que, como Buen Pastor, ha venido a buscarnos porque estábamos perdidos» (*Homilía en las Primeras Vísperas del Domingo de la Divina Misericordia*, 11 de abril de 2015): este es el objetivo de la Iglesia en este Año santo. Así reforzaremos en nosotros la certeza de que la misericordia puede contribuir realmente en la edificación de un mundo más humano. Especialmente en nuestro tiempo, donde el perdón es un huésped raro en los ámbitos de la vida humana, la referencia a la misericordia se hace más urgente, y esto en todos los sitios: en la sociedad, en las instituciones, en el trabajo y también en la familia.

Cierto, alguien podría objetar: «Pero, padre, la Iglesia, en este Año, ¿no debería hacer algo más? Es justo contemplar la misericordia de Dios, pero hay muchas otras necesidades urgentes». Es verdad, hay mucho por hacer, y yo en primer lugar no me canso de recordarlo. Pero hay que tener en cuenta que, en la raíz del olvido de la misericordia, está siempre el amor propio. En el mundo, esto

toma la forma de la búsqueda exclusiva de los propios intereses, de placeres y honores unidos al deseo de acumular riquezas, mientras que en la vida los cristianos se disfraza a menudo de hipocresía y de mundanidad. Todas estas cosas son contrarias a la misericordia. Los lemas del amor propio, que hacen que la misericordia sea algo extraño al mundo, son tantos y tan numerosos que con frecuencia ya no somos ni siquiera capaces de reconocerlos como límites y como pecado. He aquí porqué es necesario reconocer el hecho de ser pecadores, para reforzar en nosotros la certeza de la misericordia divina. «Señor, yo soy un pecador; Señor, yo soy una pecadora: ven con tu misericordia». Esta es una oración muy bonita. Es una oración fácil de recitar todos los días: «Señor, yo soy un pecador; Señor, yo soy una pecadora: ven con tu misericordia».

Queridos hermanos y hermanas, deseo que en este Año Santo cada uno de nosotros experimente la misericordia de Dios, para ser testigos de «lo que a Él más le gusta». ¿Es cuestión de ingenuos creer que esto pueda cambiar el mundo? Sí, humanamente hablando es de locos, pero «lo necio de Dios es más sabio que los hombres; y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres» (1 Cor 1, 25).

SIGNOS DEL JUBILEO*

Queridos hermanos y hermanas ¡buenos días!

El domingo pasado se abrió la Puerta santa de la Catedral de Roma, la basílica de San Juan de Letrán, y se abrió una Puerta de la Misericordia en la catedral de cada diócesis del mundo, también en los santuarios y en las iglesias indicadas por los obispos. El Jubileo es en todo el mundo, no solamente en Roma. He deseado que este signo de la Puerta santa estuviera presente en cada Iglesia particular, para que el Jubileo de la Misericordia pueda ser una experiencia compartida por todas las personas. El Año Santo, de este modo, ha comenzado en toda la Iglesia y se celebra tanto en Roma como en cada diócesis. También la primera Puerta santa se abrió en el corazón de África. Y Roma es el signo visible de la comunión universal. Que esta comunión eclesial sea cada vez más intensa, para que la Iglesia sea en el mundo el signo vivo del amor y la misericordia del Padre.

También la fecha del 8 de diciembre ha querido subrayar esta exigencia, vinculando, a 50 años de distancia, el inicio del Jubileo con la conclusión del Concilio Ecuménico Vaticano II. En efecto, el Concilio contempló y presentó la Iglesia a la luz del misterio de la comunión. Extendida en todo el mundo y articulada en tantas Iglesias particulares es, sin embargo, siempre y sólo la única Iglesia de Jesucristo, la que Él quiso y por la cual se entregó a sí mismo. La Iglesia «una» que vive de la comunión misma de Dios.

Este misterio de comunión, que hace de la Iglesia signo del amor del Padre, crece y madura en nuestro corazón, cuando el amor, que reconocemos en la Cruz de Cristo y en el cual nos sumergimos, nos hace amar del mismo modo que nosotros somos amados por Él. Se trata de un Amor sin fin, que tiene el rostro del perdón y la misericordia.

Pero la misericordia y el perdón no deben quedarse en palabras bonitas, sino realizarse en la vida cotidiana. *Amar y perdonar son el signo concreto y visible que la fe ha transformado nuestro corazón* y nos permite expresar en nosotros la vida misma de Dios. Amar y perdonar como Dios ama y perdona. Este es un

*16 de diciembre

programa de vida que no puede conocer interrupciones o excepciones, sino que nos empuja a ir siempre más allá sin cansarnos nunca, con la certeza de ser sostenidos por la presencia paterna de Dios. Este gran signo de la vida cristiana se transforma después en muchos otros signos que son característicos del Jubileo. Pienso en quienes atravesarán una de las Puertas Santas, que en este Año son verdaderas Puertas de la Misericordia. La Puerta indica a Jesús mismo que ha dicho: «Yo soy la puerta: quien entre por mí se salvará y podrá entrar y salir, y encontrará pastos» (Jn 10, 9). *Atravesar la Puerta santa es el signo de nuestra confianza en el Señor Jesús* que no ha venido para juzgar, sino para salvar (cf. Jn 12, 47). Estad atentos que no haya alguno más despierto, demasiado astuto que os diga que se tiene que pagar: ¡no! La salvación no se paga, la salvación no se compra. La Puerta es Jesús y ¡Jesús es gratis! Él mismo habla de quienes no dejan entrar como se debe, y simplemente dice que son ladrones y bandidos. De nuevo, estad atentos: la salvación es gratis. Atravesar la Puerta Santa es signo de una verdadera conversión de nuestro corazón. Cuando atravesemos esa Puerta es bueno recordar que debemos tener abierta también la puerta de nuestro corazón. Estoy delante de la Puerta Santa y pido: «Señor, ¡ayúdame a abrir la puerta de mi corazón!». No tendría mucha eficacia el Año Santo si la puerta de nuestro corazón no dejara pasar a Cristo que nos empuja a ir hacia los demás, para llevarlo a Él y su amor. Por lo tanto, igual que la Puerta santa permanece abierta, porque es el signo de la acogida que Dios mismo nos reserva, así también nuestra puerta, la del corazón, ha de estar siempre abierta para no excluir a ninguno. Ni siquiera al que o a la que me molesta: a ninguno.

Un signo importante del Jubileo es también *la Confesión*. Acercarse al Sacramento con el cual somos reconciliados con Dios equivale a tener experiencia directa de su misericordia. Es encontrar el Padre que perdona: Dios perdona todo. Dios nos comprende también en nuestras limitaciones, nos comprende también en nuestras contradicciones. No solo, Él con su amor nos dice que cuando reconocemos nuestros pecados nos es todavía más cercano y nos anima a mirar hacia adelante. Dice más: que cuando reconocemos nuestros pecados y pedimos perdón, hay fiesta en el cielo. Jesús hace fiesta: esta es su misericordia. No os desaniméis. Adelante, ¡adelante con esto!

Cuántas veces me han dicho: «Padre, no puedo perdonar al vecino, al compañero de trabajo, la vecina, la suegra, la cuñada». Todos hemos escuchado esto: «No puedo perdonar». Pero, ¿cómo se puede pedir a Dios que nos perdone, si después nosotros no somos capaces del perdón? Perdonar es algo grande y, sin embargo, no es fácil perdonar, porque nuestro corazón es pobre y con sus fuerzas no lo puede hacer. Pero si nos abrimos a acoger la misericordia de Dios para

nosotros, a su vez somos capaces de perdón. Muchas veces he escuchado decir: «A esa persona yo no la podía ver: la odiaba. Pero un día me acerqué al Señor, le pedí perdón por mis pecados, y también perdoné a esa persona». Estas son cosas de todos los días, y tenemos cerca de nosotros esta posibilidad. Por lo tanto, ¡ánimo! Vivamos el Jubileo iniciando con estos signos que llevan consigo una gran fuerza de amor. El Señor nos acompañará para conducirnos a experimentar otros signos importantes para nuestra vida. ¡Ánimo y adelante!

JUBILEO DE NAVIDAD DE LA MISERICORDIA*

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En estos días navideños nos encontramos delante al Niño Jesús. Estoy seguro que en nuestras casas muchas familias han hecho el pesebre, llevando adelante esta hermosa tradición que se remonta a san Francisco de Asís y que mantiene en nuestros corazones vivo el misterio de Dios que se hace hombre.

La devoción al Niño Jesús es muy difundida. Muchos santos y santas la han cultivado en su oración cotidiana, y han deseado modelar la propia vida con aquella del Niño Jesús.

Pienso en particular a santa Teresita de Lisieux, que como monja carmelita tomó el nombre de Teresa del Niño Jesús y del Santo Rostro. Ella —que es también doctora de la Iglesia— ha sabido vivir y dar testimonio de esa «infancia espiritual» que se asimila precisamente meditando, siguiendo la escuela de la Virgen María, la humildad de Dios que por nosotros se ha hecho pequeño. Esto es un gran misterio, ¡Dios es humilde! Nosotros, que somos orgullosos, llenos de vanidad, y nos creemos una gran cosa... ¡no somos nada! Él es grande, es humilde y se hace niño. ¡Esto es un verdadero misterio! Dios es humilde. ¡Esto es hermoso!

Hubo un tiempo en el cual, en la persona divina-humana de Cristo, Dios fue un niño, y esto debe tomar un significado peculiar para nuestra fe. Es verdad que su muerte en la cruz y su resurrección son la máxima expresión de su amor redentor, pero no nos olvidemos que toda su vida terrena es revelación y enseñanza. En el período navideño recordemos su infancia.

Para crecer en la fe tendremos necesidad de contemplar con más frecuencia al Niño Jesús. Claro, no conocemos nada de este período de su vida. Las raras indicaciones que tenemos se refieren a la imposición del nombre después de ocho días de su nacimiento y a la presentación en el Templo (cf. *Lc 2, 21-28*), además de la visita de los Reyes Magos con la siguiente huida a Egipto (cf. *Mt 2,1-23*). Después hay un salto hasta los doce años, cuando con María y José, Jesús va en peregrinación a Jerusalén para la Pascua y en lugar de regresar con sus padres se detiene en el Templo para hablar con los doctores de la ley.

*30 de diciembre

Como se ve, sabemos poco del Niño Jesús, pero podemos aprender mucho sobre Él si miramos la vida de los niños.

Es una buena costumbre que los padres y abuelos tienen, aquella de mirar a los niños, lo que hacen.

Descubrimos, sobretodo que los niños quieren nuestra atención. Ellos tienen que estar en el centro, ¿por qué? ¿porque son orgullosos? ¡No! Porque necesitan sentirse protegidos. Es necesario también que nosotros pongamos en el centro de nuestra vida a Jesús y sepamos que, aunque parezca paradójico, tenemos la responsabilidad de protegerlo. Quiere estar en nuestros brazos, desea ser atendido y poder fijar su mirada en la nuestra. Además, hacer sonreír al Niño Jesús para demostrarle nuestro amor y nuestra alegría porque Él está en medio de nosotros. Su sonrisa es el símbolo del amor que nos da la certeza de que somos amados.

A los niños, además, les encanta jugar. Pero hacer jugar a un niño significa abandonar nuestra lógica para entrar en la suya. Si queremos que se divierta es necesario entender lo que a él le gusta y no ser egoístas y hacer que ellas hagan lo que nos gusta a nosotros. Es una enseñanza para nosotros.

Delante de Jesús estamos llamados a abandonar nuestra pretensión de autonomía —y este es el quid de la cuestión: nuestra pretensión de autonomía—, para acoger en cambio la verdadera forma de libertad que consiste en conocer a quien tenemos delante y servirlo.

Él es el Hijo de Dios que viene a salvarnos. Ha venido entre nosotros para mostrarnos el rostro del Padre rico de amor y misericordia.

Estrechemos, por lo tanto, entre nuestros brazos al Niño Jesús y pongamos a su servicio: Él es fuente de amor y serenidad.

Y será hermoso que hoy, cuando regresemos a casa, nos acerquemos al pesebre, besar al Niño Jesús, y decirle: «Jesús, yo quiero ser humilde como tú, humilde como Dios», y pedirle esta gracia.

HOMILÍAS

SOLEMNIDAD DE TODOS LOS SANTOS*

En el Evangelio hemos escuchado a Jesús que enseña a sus discípulos y a la gente reunida en la colina cercana al lago de Galilea (cf. *Mt 5, 1-12*). La palabra del Señor resucitado y vivo nos indica también a nosotros, hoy, el camino para alcanzar la verdadera beatitud, el camino que conduce al Cielo. Es un camino difícil de comprender porque va contra corriente, pero el Señor nos dice que quien va por este camino es feliz, tarde o temprano alcanza la felicidad.

«Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos». Podemos preguntarnos, ¿cómo puede ser feliz una persona pobre de corazón, cuyo único tesoro es el reino de los cielos? La razón es precisamente ésta: que al tener el corazón despojado y libre de muchas cosas mundanas, esta persona es «esperada» en el reino de los cielos.

«Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados». ¿Cómo pueden ser felices los que lloran? Sin embargo, quién en la vida nunca ha experimentado la tristeza, la angustia, el dolor, no conocerá jamás la fuerza de la consolación. En cambio, pueden ser felices cuantos tienen la capacidad de conmoverse, la capacidad de sentir en el corazón el dolor que hay en sus vidas y en la vida de los demás. ¡Ellos serán felices! Porque la tierna mano de Dios Padre los consolará y los acariiciará.

«Bienaventurados los mansos». Y nosotros al contrario, ¡cuántas veces somos impacientes, nerviosos, siempre listos para quejarnos! Reclamamos tanto de los demás, pero cuando nos tocan a nosotros, reaccionamos alzando la voz, como si fuéramos dueños del mundo, mientras que en realidad todos somos hijos de Dios. Más bien, pensemos en esas mamás y papás que son muy pacientes con los hijos, que «los hacen enloquecer». Este es el camino del Señor: el camino de la mansedumbre y la paciencia. Jesús ha recorrido este camino: desde pequeño ha soportado la persecución y el exilio; y después, siendo adulto, las calumnias, los engaños, las falsas acusaciones en los tribunales; y todo lo ha soportado con man-

* 1 de noviembre. Cementerio del Verano, Roma

sedumbre. Ha soportado por amor a nosotros incluso la cruz.

«Bienaventurados los que tiene hambre y sed de justicia, porque serán saciados». Sí, los que tienen un fuerte sentido de la justicia, y no sólo hacia los demás, sino antes que nada hacia ellos mismos, estos serán saciados, porque están listos para recibir la justicia más grande, la que solo Dios puede dar.

Y luego, «bienaventurados los misericordiosos, porque encontrarán misericordia». Felices los que saben perdonar, que tienen misericordia por los demás y que no juzgan todo ni a todos, sino que buscan ponerse en el lugar de los otros. El perdón es la cosa que todos necesitamos, nadie está excluido. Por eso al inicio de la Misa nos reconocemos como lo que somos, es decir pecadores. Y no es una forma de decir, una formalidad: es un acto de verdad. «Señor, aquí estoy, ten piedad de mí». Y si sabemos dar a los demás el perdón que pedimos para nosotros, somos bienaventurados. Como decimos en el «Padre Nuestro»: «Perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden».

«Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque serán llamados hijos de Dios». Miremos el rostro de los que van por ahí sembrando cizaña: ¿son felices? Los que buscan siempre la ocasión para enredar, para aprovecharse de los demás, ¿son felices? No, no pueden ser felices. En cambio, los que cada día, con paciencia, buscan sembrar la paz, son artesanos de paz, de reconciliación, estos sí que son bienaventurados, porque son verdaderos hijos de nuestro Padre del Cielo, que siembra siempre y sólo paz, a tal punto que ha enviado al mundo su Hijo como semilla de paz para la humanidad.

Queridos hermanos y hermanas, este es el camino de la santidad, y es el mismo camino de la felicidad. Es el camino que ha recorrido Jesús, es más, es Él mismo este camino: quien camina con Él y pasa a través de Él entra en la vida, en la vida eterna. Pidamos al Señor la gracia de ser personas sencillas y humildes, la gracia de saber llorar, la gracia de ser mansos, la gracia de trabajar por la justicia y la paz, y sobre todo la gracia de dejarnos perdonar por Dios para convertirnos en instrumentos de su misericordia.

Así han hecho los santos, que nos han precedido en la patria celestial. Ellos nos acompañan en nuestra peregrinación terrena, nos animan a ir adelante. Que su intercesión nos ayude a caminar en la vía de Jesús, y obtenga la felicidad eterna para nuestros hermanos y hermanas difuntos, por quienes ofrecemos esta misa.

JUBILEO EXTRAORDINARIO DE LA MISERICORDIA SANTA MISA Y APERTURA DE LA PUERTA SANTA*

En breve tendré la alegría de abrir la Puerta Santa de la Misericordia. Como hice en Bangui, cumplimos este gesto, a la vez sencillo y fuertemente simbólico, a la luz de la Palabra de Dios que hemos escuchado, y que pone en primer plano el *primado de la gracia*. En efecto, en estas lecturas se repite con frecuencia una expresión que evoca la que el ángel Gabriel dirigió a una joven muchacha, asombrada y turbada, indicando el misterio que la envolvería: «Alégrate, llena de gracia» (Lc 1,28).

La Virgen María está llamada en primer lugar a regocijarse por todo lo que el Señor hizo en ella. La gracia de Dios la envolvió, haciéndola digna de convertirse en la madre de Cristo. Cuando Gabriel entra en su casa, también el misterio más profundo, que va más más allá de la capacidad de la razón, se convierte para ella en un motivo de alegría, motivo de fe, motivo de abandono a la palabra que se revela. *La plenitud de la gracia transforma el corazón*, y lo hace capaz de realizar ese acto tan grande que cambiará la historia de la humanidad.

La fiesta de la Inmaculada Concepción expresa la grandeza del amor Dios. Él no sólo perdona el pecado, sino que en María llega a prevenir la culpa original que todo hombre lleva en sí cuando viene a este mundo. *Es el amor de Dios el que previene, anticipa y salva*. El comienzo de la historia del pecado en el Jardín del Edén desemboca en el proyecto de un amor que salva. Las palabras del Génesis nos remiten a la experiencia cotidiana de nuestra existencia personal. Siempre existe la tentación de la desobediencia, que se manifiesta en el deseo de organizar nuestra vida al margen de la voluntad de

*8 de diciembre. Plaza de San Pedro

Dios. Esta es la enemistad que insidia continuamente la vida de los hombres para oponerlos al diseño de Dios. Y, sin embargo, también la historia del pecado se comprende sólo a la luz del amor que perdona. El pecado sólo se entiende con esta luz. Si todo quedase relegado al pecado, seríamos los más desesperados de entre las criaturas, mientras que la promesa de la victoria del amor de Cristo encierra todo en la misericordia del Padre. La palabra de Dios que hemos escuchado no deja lugar a dudas a este propósito. La Virgen Inmaculada es para nosotros testigo privilegiado de esta promesa y de su cumplimiento.

Este Año Extraordinario es también un don de gracia. Entrar por la puerta significa descubrir la profundidad de la misericordia del Padre que acoge a todos y sale personalmente al encuentro de cada uno. Es Él el que nos busca. Es Él el que sale a nuestro encuentro. Será un año para *crecer en la convicción de la misericordia*. Cuánto se ofende a Dios y a su gracia cuando se afirma sobre todo que los pecados son castigados por su juicio, en vez de destacar que son perdonados por su misericordia (cf. san Agustín, *De praedestinatione sanctorum* 12, 24) Sí, así es precisamente. Debemos anteponer la misericordia al juicio y, en cualquier caso, el juicio de Dios tendrá lugar siempre a la luz de su misericordia. Que el atravesar la Puerta Santa, por lo tanto, haga que nos sintamos partícipes de este misterio de amor. Abandonemos toda forma de miedo y temor, porque no es propio de quien es amado; vivamos, más bien, *la alegría del encuentro con la gracia que lo transforma todo*.

Hoy, aquí en Roma y en todas las diócesis del mundo, cruzando la Puerta Santa, queremos recordar también otra puerta que los Padres del *Concilio Vaticano II*, hace cincuenta años, abrieron hacia el mundo. Esta fecha no puede ser recordada sólo por la riqueza de los documentos producidos, que hasta el día de hoy permiten verificar el gran progreso realizado en la fe. En primer lugar, sin embargo, el Concilio fue un encuentro. Un verdadero encuentro *entre la Iglesia y los hombres de nuestro tiempo*. Un encuentro marcado por el poder del Espíritu que empujaba a la Iglesia a salir de las aguas poco profundas que durante muchos años la habían recluso en sí misma, para reemprender con entusiasmo el camino misionero. Era un volver a tomar el camino para ir al encuentro de cada hombre allí donde vive: en su ciudad, en su casa, en el trabajo...; dondequiera que haya una persona, allí

está llamada la Iglesia a ir para llevar la alegría del Evangelio y llevar la misericordia y el perdón de Dios. Un impulso misionero, por lo tanto, que después de estas décadas seguimos retomando con la misma fuerza y el mismo entusiasmo. El jubileo nos estimula a esta apertura y nos obliga a no descuidar el *espíritu surgido en el Vaticano II, el del Samaritano*, como recordó el beato Pablo VI en la conclusión del Concilio. Que al cruzar hoy la Puerta Santa nos comprometamos a hacer nuestra la misericordia del Buen Samaritano.

SANTA MISA DE NOCHEBUENA*

NATIVIDAD DEL SEÑOR

Basílica Vaticana

En esta noche brilla una «luz grande» (Is 9,1); sobre nosotros resplandece la luz del nacimiento de Jesús. Qué actuales y ciertas son las palabras del profeta Isaías, que acabamos de escuchar: «Acreciste la alegría, aumentaste el gozo» (Is 9,2). Nuestro corazón estaba ya lleno de alegría mientras esperaba este momento; ahora, ese sentimiento se ha incrementado hasta rebosar, porque la promesa se ha cumplido, por fin se ha realizado. El gozo y la alegría nos aseguran que el mensaje contenido en el misterio de esta noche viene verdaderamente de Dios. No hay lugar para la duda; dejémosla a los escépticos que, interrogando sólo a la razón, no encuentran nunca la verdad. No hay sitio para la indiferencia, que se apodera del corazón de quien no sabe querer, porque tiene miedo de perder algo. La tristeza es arrojada fuera, porque el Niño Jesús es el verdadero consolador del corazón.

Hoy ha nacido el Hijo de Dios: todo cambia. El Salvador del mundo viene a compartir nuestra naturaleza humana, no estamos ya solos ni abandonados. La Virgen nos ofrece a su Hijo como principio de vida nueva. La luz verdadera viene a iluminar nuestra existencia, reclusa con frecuencia bajo la sombra del pecado. Hoy descubrimos nuevamente quiénes somos. En esta noche se nos muestra claro el camino a seguir para alcanzar la meta. Ahora tiene que cesar el miedo y el temor, porque la luz nos señala el camino hacia Belén. No podemos quedarnos inermes. No es justo que estemos parados. Tenemos que ir y ver a nuestro Salvador recostado en el pesebre. Este es el motivo del gozo y la alegría: este Niño «ha nacido *para nosotros*», «se nos ha dado», como anuncia Isaías (cf. 9,5). Al pueblo que desde hace dos mil años recorre todos los caminos del mundo, para que todos los hombres compartan esta alegría, se le confía la misión de dar a conocer al «Príncipe de la paz» y ser entre las naciones su instrumento eficaz.

Cuando oigamos hablar del nacimiento de Cristo, guardemos silencio y dejemos que ese Niño nos hable; grabemos en nuestro corazón sus palabras sin

*24 de diciembre. Basílica Vaticana

apartar la mirada de su rostro. Si lo tomamos en brazos y dejamos que nos abra- ce, nos dará la paz del corazón que no conoce ocaso. Este Niño nos enseña lo que es verdaderamente importante en nuestra vida. Nace en la pobreza del mundo, porque no hay un puesto en la posada para Él y su familia. Encuentra cobijo y amparo en un establo y viene recostado en un pesebre de animales. Y, sin embar- go, de esta nada brota la luz de la gloria de Dios. Desde aquí, comienza para los hombres de corazón sencillo el camino de la verdadera liberación y del rescate perpetuo. De este Niño, que lleva grabados en su rostro los rasgos de la bondad, de la misericordia y del amor de Dios Padre, brota para todos nosotros sus discí- pulos, como enseña el apóstol Pablo, el compromiso de «renunciar a la impiedad» y a las riquezas del mundo, para vivir una vida «sobria, justa y piadosa» (*Tt* 2,12).

En una sociedad frecuentemente ebria de consumo y de placeres, de abun- dancia y de lujo, de apariencia y de narcisismo, Él nos llama a tener un compor- tamiento *sobrio*, es decir, sencillo, equilibrado, lineal, capaz de entender y vivir lo que es importante. En un mundo, a menudo duro con el pecador e indulgente con el pecado, es necesario cultivar un fuerte sentido de la justicia, de la búsque- da y el poner en práctica la voluntad de Dios. Ante una cultura de la indiferen- cia, que con frecuencia termina por ser despiadada, nuestro estilo de vida ha de estar lleno de *piEDAD*, de empatía, de compasión, de misericordia, que extraemos cada día del pozo de la oración.

Que, al igual que el de los pastores de Belén, nuestros ojos se llenen de asom- bro y maravilla al contemplar en el Niño Jesús al Hijo de Dios. Y que, ante Él, brote de nuestros corazones la invocación: «Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación» (*Sal* 85,8).

SANTA MISA PARA LAS FAMILIAS*

FIESTA DE LA SAGRADA FAMILIA DE JESÚS, MARÍA Y JOSÉ

Las Lecturas bíblicas que hemos escuchado nos presentan la imagen de dos familias que hacen su peregrinación hacia la casa de Dios. Elcaná y Ana llevan a su hijo Samuel al templo de Siló y lo consagran al Señor (cf. *1 S* 1,20- 22,24-28). Del mismo modo, José y María, junto con Jesús, se ponen en marcha hacia Jerusalén para la fiesta de Pascua (cf. *Lc* 2,41-52).

Podemos ver a menudo a los peregrinos que acuden a los santuarios y lugares entrañables para la piedad popular. En estos días, muchos han puesto en camino para llegar a la Puerta Santa abierta en todas las catedrales del mundo y también en tantos santuarios. Pero lo más hermoso que hoy pone de relieve la Palabra de Dios es que *la peregrinación la hace toda la familia*. Papá, mamá y los hijos, van juntos a la casa del Señor para santificar la fiesta con la oración. Es una lección importante que se ofrece también a nuestras familias. Podemos decir incluso que la vida de la familia es un conjunto de pequeñas y grandes peregrinaciones.

Por ejemplo, cuánto bien nos hace pensar que María y José enseñaron a Jesús a decir sus oraciones. Y esto es una peregrinación, la peregrinación de educar en la oración. Y también nos hace bien saber que durante la jornada rezaban juntos; y que el sábado iban juntos a la sinagoga para escuchar las Escrituras de la Ley y los Profetas, y alabar al Señor con todo el pueblo. Y, durante la peregrinación a Jerusalén, ciertamente cantaban con las palabras del Salmo: «¡Qué alegría cuando me dijeron: “Vamos a la casa del Señor”. Ya están pisando nuestros pies tus umbrales, Jerusalén» (122,1-2).

Qué importante es para nuestras familias a caminar juntos para alcanzar una misma meta. Sabemos que tenemos un itinerario común que recorrer; un camino donde nos encontramos con dificultades, pero también con momentos de alegría y de consuelo. En esta peregrinación de la vida compartimos también el tiempo de oración. ¿Qué puede ser más bello para un padre y una madre que *bendecir a sus hijos* al comienzo de la jornada y cuando concluye? Hacer en su frente la señal de la cruz como el día del Bautismo. ¿No es esta la oración más sencilla

*27 de diciembre

de los padres para con sus hijos? Bendecirlos, es decir, encomendarles al Señor, como hicieron Elcaná y Ana, José y María, para que sea él su protección y su apoyo en los distintos momentos del día. Qué importante es para la familia encontrarse también en un breve momento de *oración antes de comer juntos*, para dar las gracias al Señor por estos dones, y para aprender a compartir lo que hemos recibido con quien más lo necesita. Son pequeños gestos que, sin embargo, expresan el gran papel formativo que la familia desempeña en la peregrinación de cada día.

Al final de aquella peregrinación, Jesús volvió a Nazaret y vivía sujeto a sus padres (cf. Lc 2,51). Esta imagen tiene también una buena enseñanza para nuestras familias. En efecto, la peregrinación no termina cuando se ha llegado a la meta del santuario, *sino cuando se regresa a casa y se reanuda la vida de cada día*, poniendo en práctica los frutos espirituales de la experiencia vivida. Sabemos lo que hizo Jesús aquella vez. En lugar de volver a casa con los suyos, se había quedado en el Templo de Jerusalén, causando una gran pena a María y José, que no lo encontraban. Por su «aventura», probablemente también Jesús tuvo que pedir disculpas a sus padres. El Evangelio no lo dice, pero creo que lo podemos suponer. La pregunta de María, además, manifiesta un cierto reproche, mostrando claramente la preocupación y angustia, suya y de José. Al regresar a casa, Jesús se unió estrechamente a ellos, para demostrar todo su afecto y obediencia. Estos momentos, que con el Señor se transforman en oportunidad de crecimiento, en ocasión para pedir perdón y recibirlo y de demostrar amor y obediencia, también forman parte de la peregrinación de la familia.

Que en este Año de la Misericordia, toda familia cristiana sea un lugar privilegiado para esta peregrinación en el que se experimenta la *alegría del perdón*. El perdón es la esencia del amor, que sabe comprender el error y poner remedio. Pobres de nosotros si Dios no nos perdonase. En el seno de la familia es donde se nos educa al perdón, porque se tiene la certeza de ser comprendidos y apoyados no obstante los errores que se puedan cometer.

No perdamos la confianza en la familia. Es hermoso abrir siempre el corazón unos a otros, sin ocultar nada. Donde hay amor, allí hay también comprensión y perdón. Encomiendo a vosotras, queridas familias, esta cotidiana peregrinación doméstica, esta misión tan importante, de la que el mundo y la Iglesia tienen más necesidad que nunca.

VIAJES APOSTÓLICOS

ENCUENTRO CON EL CLERO, LOS RELIGIOSOS Y LOS SEMINARISTAS*

V. Tumisufu Yesu Kristu! (Alabado sea Jesucristo)

R. Milele na Milele. Amina (Ahora y siempre. Amén)

[Palabras en inglés]

Muchas gracias por su presencia. Me gustaría mucho hablarles en inglés, pero mi inglés es pobre. He tomado algunas notas y quisiera decirles muchas cosas, a cada uno de ustedes, pero me da miedo hablar y preferiría hacerlo en mi lengua madre. Mons. Miles hará la traducción. Gracias por su comprensión.

[Palabras en español]

Cuando se leía la Carta de san Pablo me tocó: «Estoy firmemente convencido de que aquel que comenzó en ustedes la buena obra la irá completando hasta el Día de Cristo Jesús» (Flp 1,6).

El Señor nos ha elegido, y Él comenzó su obra el día que nos miró en el bautismo, y el día que nos miró después, cuando nos dijo «si tenés ganas vení conmigo». Y, bueno, ahí nos metimos en fila y empezamos el camino; pero el camino lo empezó Él, no nosotros. En el Evangelio leemos de uno curado que quiso seguir el camino y Jesús le dijo: «No». En el seguimiento de Jesucristo, sea en el sacerdocio, sea en la vida consagrada, se entra por la puerta; la puerta es Cristo; Él llama, Él empieza, Él va haciendo el trabajo. Hay algunos que quieren entrar por la ventana. No sirve eso. Por favor, si alguno ve que un compañero o una compañera entró por la ventana, abrácelo y explíquele que mejor que se vaya, y que sirva a Dios en otro lado, porque nunca va a llegar a término una obra que no empezó Jesús por la puerta.

Y esto nos tiene que llevar a una conciencia de elegidos: «Yo fui mirado, yo

*26 de noviembre. Nairobi (Kenia)

fui elegido». Me impresiona el comienzo del capítulo 16 de Ezequiel: Eras hijo de extranjeros, estabas recién nacido y tirado. Yo pasé, te limpié y te llevé conmigo (cf. vv. 6-9). Ese es el camino, esa es la obra que el Señor comenzó cuando los miró. Hay algunos que no saben para qué Dios los llama, pero sienten que Dios los llamó. Vayan tranquilos, Él les hará comprender para qué los llamó. Hay otros que quieren seguir al Señor, pero con interés, por interés. Acordémonos de la mamá de Santiago y Juan: «Señor te quiero pedir que cuando partas la torta le des la parte más grande a mis dos hijos. Uno a tu derecha y otro a tu izquierda». Da la tentación de seguir a Jesús por ambición: ambición de dinero, ambición de poder. Todos podemos decir: «Cuando yo empecé a seguir a Jesús ni se me ocurrió eso». Pero a otro se le ocurrió y, poco a poco, te lo sembró en el corazón como una cizaña. En la vida del seguimiento de Jesús no hay lugar ni para la propia ambición, ni para las riquezas, ni para ser una persona importante en el mundo. A Jesús se lo sigue hasta el último paso de su vida terrena: la cruz. Después, Él se encarga de resucitarte, pero, hasta ahí, andá vos. Y esto se lo digo en serio, porque la Iglesia no es una empresa, no es una ONG, la Iglesia es un misterio, es el misterio de la mirada de Jesús sobre cada uno, que le dice: «Vení». Queda claro, el que llama es Jesús. Se entra por la puerta, no por la ventana, y se sigue el camino de Jesús.

Evidentemente, Jesús cuando nos elige no nos canoniza, seguimos siendo los mismos pecadores. Yo les pediría, por favor, si hay acá algún sacerdote o alguna religiosa, o algún religioso que no se sienta pecador, que levante la mano. Todos somos pecadores, yo el primero, después ustedes. Pero nos lleva adelante la ternura y el amor de Jesús. «Aquel que empezó la buena obra en ustedes la continuará y la completará hasta el día de Jesucristo». Eso nos lleva adelante, el amor de Jesús. ¿Ustedes se acuerdan, en el Evangelio, cuándo lloró el apóstol Santiago? ¿Se acuerda alguno, o no? ¿Y cuándo lloró el apóstol Juan? ¿Y cuándo lloró algún otro apóstol? Uno sólo nos dice el Evangelio que lloró, el que se dio cuenta que era pecador, tan pecador era que había traicionado a su Señor, y cuando se dio cuenta de eso, lloró. Después, Jesús lo hizo Papa. ¿Quién entiende a Jesús? Un misterio. Nunca dejen de llorar. Cuando a un sacerdote, a un religioso o religiosa, se le secan las lágrimas algo no funciona. Llorar por la propia infidelidad, llorar por el dolor del mundo, llorar por la gente que está descartada, por los viejitos abandonados, por los niños asesinados, por las cosas que no entendemos; llorar cuando nos preguntan, «¿por qué?». Ninguno de nosotros tiene todos los «porqués», todas las respuestas a los «porqués». Hay un autor ruso que se preguntaba por qué sufren los niños. Y cada vez que yo saludo a un niño con cáncer, con tumor, con una enfermedad rara – como se llaman ahora – pregunto: «¿Por qué

sufre este niño?». Y yo no tengo respuesta para esto, solamente miro a Jesús en la cruz. Hay situaciones en la vida que solamente nos llevan a llorar mirando a Jesús en la cruz y esa es la única respuesta para ciertas injusticias, para ciertos dolores, para ciertas situaciones de la vida. San Pablo le decía a sus discípulos: «Acordáte de Jesucristo, acordáte de Jesucristo crucificado». Cuando un consagrado, una consagrada, un sacerdote, se olvida de Cristo crucificado, ¡pobrecito!, cayó en un pecado muy feo, un pecado que le da asco a Dios, que lo hace vomitar a Dios, el pecado de la tibieza. Queridos sacerdotes, hermanas y hermanos, cuiden de no caer en el pecado de la tibieza.

Y, ¿qué otra cosa les puedo decir que les pueda dar un mensaje de mi corazón a ustedes? Que nunca se alejen de Jesús. Esto quiere decir que nunca dejen de orar. «Padre, pero a veces es tan aburrido orar, uno se cansa, se duerme». Dormíte delante del Señor. Es una manera de rezar, pero quedáte ahí, delante del Señor, rezá, no dejes la oración. Si un consagrado deja la oración, el alma se seca, como esos higos ya secos, son feos, tienen una apariencia fea. El alma de una religiosa, de un religioso, de un sacerdote que no reza, es un alma fea. Perdón, pero es así. Les dejo esta pregunta: «¿Yo le quito tiempo al sueño, a la radio, a la televisión, a las revistas, para rezar, o prefiero lo otro?». Ponerse delante de Aquel que empezó la obra y que la está terminando en cada uno de ustedes. La oración...

Y una última cosa que les quisiera decir, antes de decirles otra. Es que todo el que se dejó elegir por Jesús es para servir, para servir al pueblo de Dios, para servir a los más pobres, a los más descartados, a los más humildes, para servir a los niños y a los ancianos, para servir también a la gente que no es consciente de la soberbia y del pecado que lleva dentro, para servir a Jesús. Dejarse elegir por Jesús es dejarse elegir para servir, no para hacerse servir. Hace un año, más o menos, hubo un encuentro de sacerdotes –las monjas se salvan– y, durante esos ejercicios espirituales, cada día había un turno de sacerdotes que tenían que servir a la mesa, algunos de ellos se quejaron: «No. Nosotros tenemos que ser servidos, nosotros pagamos, podemos pagar para que nos sirvan». Por favor, no diga eso en la Iglesia. Servir, no «servirse de».

Bueno, esto es lo que les quería decir, que sentí todo de golpe cuando escuché esta frase de san Pablo, confiado en que «Aquel que empezó la buena obra en ustedes la continuará, y la completará, hasta el día de Jesucristo». Me decía un cardenal mayor, un año más que yo, que cuando él va al cementerio donde ve misioneros, misioneras, sacerdotes, religiosos, religiosas que han dado su vida, él se pregunta: «¿Y por qué a estos no los canonizan mañana, porque pasaron su vida sirviendo?». Y a mí me emociona cuando saludo después de una misa a un sacerdote, una religiosa, que me dice: «Hace 30, 40 años que estoy en este hospital de

niños autistas, o que estoy en las misiones del Amazonas o que estoy en tal lugar o en tal otro». Me toca el alma. Esta mujer o este hombre entendió que seguir a Jesús es servir a los demás y no servirse de los demás.

Bueno, les agradezco mucho. Pero, «qué Papa maleducado que es éste», ¿no? Nos dio consejos, nos dio palos, y no nos dice gracias. Yo les quiero decir, lo último que les quiero decir, «la frutilla de la torta». Quiero darles gracias a ustedes. Gracias por animarse a seguir a Jesús. Gracias por cada vez que se sienten pecadores. Gracias por cada caricia de ternura que dan a quien lo necesita. Gracias por todas las veces que ayudaron a morir en paz a tanta gente. Gracias por quemar la vida en la esperanza. Gracias por dejarse ayudar y corregir, y perdonar todos los días. Y les pido, al darles gracias, que no se olviden de rezar por mí, porque yo lo necesito. Muchas gracias.

VISITA A LA OFICINA DE LAS NACIONES UNIDAS EN NAIROBI (U.N.O.N.)*

Muchas gracias por el rosario que han rezado por mí. Gracias, gracias, muchas gracias.

Gracias por su presencia, y por su presencia entusiasta.

Gracias a Lynette y gracias a Manuel por sus reflexiones.

Existe una pregunta en la base de todas las preguntas que me hicieron Lynette y Manuel: ¿Por qué suceden las divisiones, las peleas, las guerras, las muertes, los fanatismos, las destrucciones entre los jóvenes? ¿Por qué existe ese deseo de destruirnos? En las primeras páginas de la Biblia, después de todas esas maravillas que hizo Dios, un hermano mata a otro hermano. El espíritu del mal nos lleva a la destrucción, y el espíritu del mal nos lleva a la desunión, nos lleva al tribalismo, a la corrupción, a la drogadicción, nos lleva a la destrucción por los fanatismos. Manuel preguntaba, ¿cómo hacer para que un fanatismo ideológico no nos robe a un hermano, no nos robe a un amigo? Hay una palabra que puede parecer incómoda pero yo no la quiero evitar, porque ustedes la usaron antes que yo; la usaron cuando me trajeron contándome los rosarios que habían rezado por mí; la usó el Obispo, cuando presentó que se prepararon para esta visita con la oración. Y lo primero que yo respondería es que un hombre pierde lo mejor de su ser humano, una mujer pierde lo mejor de su ser humano, cuando se olvida de rezar, porque se siente omnipotente, porque no siente necesidad de pedir ayuda, delante de tantas tragedias.

La vida está llena de dificultades, pero hay dos maneras de mirar las dificultades: o lo mirás como algo que te bloquea, te destruye y te detiene, o lo mirás como una oportunidad. A vos te toca elegir: Para mí, una dificultad, ¿es un camino de destrucción o es una oportunidad para superar en bien mío, de mi familia, de mis amigos y de mi país? Chicos y chicas, no vivimos en el Cielo, vivimos en la tierra, y la tierra está llena de dificultades. La tierra está llena no sólo de dificultades sino de invitaciones para desviarte hacia el mal, pero hay algo que todos ustedes, los jóvenes, tienen, que dura un tiempo más o menos grande: la capaci-

*27 de noviembre. Nairobi (Kenia)

dad de elegir. ¿Qué camino quiero elegir? ¿Cuál de estas dos cosas quiero elegir: dejarme vencer por la dificultad o transformar la dificultad en una oportunidad para vencer yo? Y ahora, algunas dificultades que ustedes nombraron, que son desafíos. Y entonces, antes, una pregunta: ¿Ustedes quieren superar los desafíos o dejarse vencer por los desafíos? ¿Ustedes son como los deportistas que cuando vienen a jugar al estadio quieren ganar o son como aquellos que ya vendieron la victoria a los otros y se pusieron la plata en el bolsillo? A ustedes les toca elegir.

Un desafío que mencionó Lynette es el del tribalismo. El tribalismo destruye una nación. El tribalismo es tener las manos escondidas por detrás y tener una piedra en cada mano para tirársela al otro. El tribalismo sólo se vence con el oído, con el corazón y con la mano. Con el oído: ¿Cuál es tu cultura?, ¿por qué sos así?, ¿por qué tu tribu tiene estas costumbres?, ¿tu tribu se siente superior o inferior? Con el corazón: una vez que escuché con el oído la respuesta abro el corazón y tiendo la mano para seguir dialogando. Si ustedes no dialogan, y no se escuchan entre ustedes, siempre va a existir el tribalismo, que es como una polilla que va a roer la sociedad. Hoy –ayer, mejor dicho, pero para ustedes lo hacemos hoy–, se declaró un día de oración y de reconciliación. Yo los quiero invitar ahora, a ustedes jóvenes, –invitar a Lynette y a Manuel que vengan–, y que todos nos tomemos de la mano, de pie, como un signo contra el tribalismo. Todos somos una nación, todos somos una nación [la misa frase en inglés]. Así tienen que ser nuestros corazones, y el tribalismo no es solamente un levantar las manos hoy –este es el deseo, es la decisión–, pero el tribalismo es un trabajo de todos los días. Vencer el tribalismo es un trabajo de todos los días. Un trabajo del oído: escuchar al otro. Un trabajo del corazón: abrir mí corazón al otro. Y un trabajo de las manos: darse las manos uno con otro. Y ahora nos damos la mano unos con otros.

Otra pregunta que hizo Lynette es la de la corrupción. Y, en el fondo, me preguntaba: ¿Se puede justificar la corrupción, el pecado, por el sólo hecho de que todos están pecando y están siendo corruptos? ¿Cómo podemos ser cristianos y combatir el mal de la corrupción? Yo me acuerdo que, en mi patria, un joven de 20–22 años, quería dedicarse a la política, estudiaba entusiasmado, iba de un lado para otro y consiguió un trabajo en un ministerio. Un día tuvo que decidir sobre qué cosa había que comprar y, entonces, pidió tres presupuestos, los estudió y eligió el más barato, el más conveniente, y fue a la oficina de su jefe para que lo firmara: «¿Por qué elegiste éste?». «Porque hay que elegir el más conveniente para las finanzas del país». «No, hay que elegir aquel que te dé más para ponerte en el bolsillo». Y el joven le contesta a su jefe: «Yo vine a hacer política para hacer grande a la patria». Y el jefe le contesta: «Y yo hago política para robar». Un ejemplo, no más, pero no sólo en la política, en todas las instituciones, incluso en

el Vaticano, hay casos de corrupción. La corrupción es algo que se nos mete adentro; es como el azúcar, es dulce, nos gusta, es fácil, y después terminamos mal. De tanta azúcar fácil terminamos diabéticos o nuestro país termina diabético. Cada vez que aceptamos una coima, y la metemos en el bolsillo, destruimos nuestro corazón, destruimos nuestra personalidad y destruimos nuestra patria. Por favor, no le tomen el gusto a ese «azúcar» que se llama corrupción. «Padre, pero yo veo que todos corrompen, yo veo tanta gente que se vende por un poco de plata, sin preocuparse de la vida de los demás». Como en todas las cosas, hay que empezar. Si no querés corrupción en tu corazón, en tu vida, en tu patria, empezá vos. Si no empezás vos tampoco va a empezar el vecino. La corrupción además nos roba la alegría, nos roba la paz. La persona corrupta no vive en paz. Una vez –esto es histórico, lo que les voy a contar–, en mi ciudad, murió un hombre que todos sabíamos que era un gran corrupto. Yo pregunté, unos días después, cómo fue el funeral, y una señora, con mucho buen humor, me contestó: «Padre, no podían cerrar la “bara” (ataúd), el cajón, porque se quería llevar toda la plata que había robado». Lo que vos robás con la corrupción va a quedar acá y lo va a usar otro. Pero también va a quedar –y esto grabémoslo en el corazón– en el corazón de tantos hombres y mujeres que quedaron heridos por tu ejemplo de corrupción. Va a quedar en la falta de bien que pudiste hacer y no hiciste. Va a quedar en los chicos enfermos, con hambre, porque el dinero que era para ellos, por tu corrupción, te lo guardaste para vos. Chicos y chicas, la corrupción no es un camino de vida, es un camino de muerte.

Había una pregunta de cómo usar los medios de comunicación para divulgar el mensaje de esperanza de Cristo y promover iniciativas justas para que se vea la diferencia. El primer medio de comunicación es la palabra, es el gesto, es la sonrisa. El primer gesto de comunicación es la cercanía. El primer gesto de comunicación es buscar la amistad. Si ustedes hablan bien entre ustedes, se sonríen y se acercan como hermanos; si ustedes están cerca uno de otro, aunque sean de diversas tribus; y, si ustedes se acercan a los que necesitan, al que está pobre, al enfermo, al abandonado, al anciano a quien nadie visita, esos gestos de comunicación son más contagiosos que cualquier red de televisión.

De las tres preguntas creo que algo dije, que les puede ayudar, pero pídanle mucho a Jesús, recen al Señor para que les dé la fuerza de destruir el tribalismo: todos hermanos; para que les dé el coraje de no dejarse corromper, para que les dé el encanto de poder comunicarse como hermanos, con una sonrisa, con una buena palabra, con un gesto de ayuda, con cercanía.

Manuel hizo preguntas incisivas también. A mí me preocupa la primera que hizo él: ¿Qué podemos hacer para impedir el reclutamiento de nuestros seres que-

ridos? ¿Qué podemos hacer para hacerlos volver? Para responder esto tenemos que saber por qué un joven, lleno de ilusiones, se deja reclutar, o va a buscar ser reclutado, y se aparta de su familia, de sus amigos, de su tribu, de su patria, se aparta de la vida porque aprende a matar. Y ésta es una pregunta que ustedes tienen que hacer a todas las autoridades: Si un joven o una joven no tiene trabajo, no puede estudiar, ¿qué puede hacer? O delinquir o caer en las dependencias o suicidarse –en Europa las estadísticas de suicidio no se publican–, o enrolarse en una actividad que le muestre un fin en la vida, engañado, seducido. Lo primero que tenemos que hacer, para evitar que un joven sea reclutado o quiera ser reclutado, es educación y trabajo. Si un joven no tiene trabajo, ¿qué futuro le espera? Y ahí entra la idea de dejarse reclutar. Si un joven no tiene posibilidades de educación, incluso de educación de emergencia, de pequeños oficios. ¿Qué puede hacer? Ahí está el peligro. Es un peligro social que está más allá de nosotros, incluso más allá del país, porque depende de un sistema internacional que es injusto, que tiene al centro de la economía no a la persona, sino al dios dinero. ¿Qué puedo hacer para ayudarlo o hacerlo volver? Primero, rezar por él, pero fuerte –Dios es más fuerte que todo reclutamiento–; y después, hablarle con cariño, con simpatía, con amor y con paciencia. Invitarlo a ver un partido de fútbol, invitarlo a pasear, invitarlo a estar juntos en el grupo, no dejarlo solo. Eso es lo que se me ocurre ahora.

Evidentemente que hay –tu segunda pregunta [dirigiéndose a Manuel]– comportamientos que dañan, comportamientos que buscan felicidad pasajera y terminan dañándote. La pregunta que vos me hiciste Manuel, es una pregunta de un profesor de teología: ¿Cómo podemos entender que Dios es nuestro Padre? ¿Cómo podemos ver la mano de Dios en las tragedias de la vida? ¿Cómo podemos encontrar la paz de Dios? Mirá, esta pregunta se la hacen los hombres y las mujeres de todo el mundo, de una u otra manera, y no encuentran explicación. Más aún, hay preguntas que por más que te rompas la cabeza pensando no vas a encontrar explicación. ¿Cómo puedo ver la mano de Dios en una tragedia de la vida? Hay una sola... iba a decir una sola respuesta. No, no es respuesta, hay un solo camino: mirá al Hijo de Dios. Dios lo entregó para salvarnos a todos. Dios mismo se hizo tragedia. Dios mismo se dejó destruir en la cruz. Y cuando estés que no entendés algo, cuando estés desesperado, cuando se te viene el mundo encima, mirá la cruz. Ahí está el fracaso de Dios, ahí está la destrucción de Dios, pero también ahí está un desafío a nuestra fe: la esperanza. Porque la historia no terminó en ese fracaso sino en la Resurrección, que nos renovó a todos. Les voy a contar una confidencia –son las doce, ¿tienen hambre?–. Les voy a contar una confidencia: Yo en mi bolsillo llevo siempre dos cosas: un rosario para rezar y una

cosa que parece extraña, que es esto [mostrando un pequeño vía crucis], y esto es la historia del fracaso de Dios; es un Vía Crucis, un pequeño Vía Crucis; es como Jesús fue sufriendo desde que lo condenaron a muerte hasta que fue sepultado. Con estas dos cosas me arreglo como puedo, pero gracias a estas dos cosas, no pierdo la esperanza.

Y una última pregunta, también del teólogo Manuel: ¿Qué palabras tiene por los jóvenes que no experimentan amor de sus familias? ¿Es posible salir de esta experiencia? En todas partes hay chicos abandonados, o porque los abandonaron cuando nacieron o porque la vida los abandonó –o la familia, o los padres–, y no sienten el afecto de la familia. Por eso la familia es tan importante. Defiendan la familia, defiéndanla siempre. En todas partes, no sólo hay chicos abandonados sino también ancianos abandonados, que están sin que nadie los visite, sin que nadie los quiera. ¿Cómo salir de esa experiencia negativa, de abandono, de lejanía de amor? Hay un solo remedio para salir de esas experiencias: hacer aquello que yo no recibí. Si vos no recibiste comprensión, sé comprensivo con los demás; si vos no recibiste amor, amá a los demás; si vos sentiste el dolor de la soledad, acercáte a aquellos que están solos. La carne se cura con la carne, y Dios se hizo carne para curarnos a nosotros. Hagamos lo mismo nosotros con los demás.

Bueno, yo creo que antes que el árbitro suene el pito es hora de terminar. Yo les agradezco de corazón que hayan venido, que me hayan permitido hablar en mi lengua materna. Les agradezco que hayan rezado tantos rosarios por mí. Y, por favor, les pido que recen por mí, porque yo también lo necesito, y mucho. Cuento con las oraciones de ustedes. Y, antes de irnos, les pediría que nos pongamos de pie, todos, y recemos juntos a nuestro Padre del Cielo, que tiene un sólo defecto: no puede dejar de ser Padre.

VISITA A MUNYONYO Y SALUDO A LOS CATEQUISTAS Y PROFESORES*

*Queridos catequistas y maestros,
Queridos amigos:*

Les saludo con afecto en el nombre de Jesucristo, nuestro Señor y nuestro Maestro.

«Maestro». Qué hermoso título este. Jesús es nuestro primer y más grande maestro. San Pablo nos dice que Jesús dio a su Iglesia no sólo apóstoles y pastores, sino también maestros, para edificar todo el cuerpo en la fe y en el amor. Junto a los Obispos, a los presbíteros y a los diáconos, que han sido ordenados para predicar el Evangelio y cuidar del rebaño del Señor, ustedes, como catequistas, tienen un papel importante en la tarea de llevar la Buena Noticia a cada pueblo y aldea de su país. Habéis sido elegidos para desempeñar el ministerio de la catequesis.

Quisiera ante todo darles las gracias por los sacrificios que hacen ustedes y sus familias, y por el celo y la devoción con la que llevan a cabo su importante misión. Ustedes enseñan lo que Jesús enseñó, instruyen a los adultos y ayudan a los padres para que eduquen a sus hijos en la fe, y llevan a todos la alegría y la esperanza de la vida eterna. Gracias, gracias por su dedicación, por el ejemplo que ofrecen, por la cercanía al pueblo de Dios en la vida cotidiana y por los tantos modos en que plantan y cultivan la semilla de la fe en toda esta vasta tierra. Gracias, especialmente, por el hecho de enseñar a rezar a los niños y a los jóvenes. Porque es muy importante; enseñar a los niños a rezar es algo grande.

Sé que su trabajo, aunque gratificante, no es fácil. Por eso les animo a perseverar, y pido a sus Obispos y a sus sacerdotes que les den una formación doctrinal, espiritual y pastoral que les ayude cada vez más en su acción. Aun cuando la tarea parece difícil, los recursos resultan insuficientes y los obstáculos demasiado grandes, les hará bien recordar que el suyo es un trabajo santo. Y quiero subrayarlo: el suyo es un trabajo santo. El Espíritu Santo está presente allí donde se proclama el nombre de Cristo. Él está en medio de nosotros cada vez que en la

*27 de noviembre. *Munyonyo (Uganda)*

oración elevamos el corazón y la mente a Dios. Él les dará la luz y la fuerza que necesitan. El mensaje que llevan hundirá más sus raíces en el corazón de las personas en la medida en que ustedes sean no solo maestros, sino también testigos. Y esta es otra cosa importante: ustedes han de ser maestros, pero eso no serviría sino son testigos. Que su ejemplo haga ver a todos la belleza de la oración, el poder de la misericordia y del perdón, la alegría de compartir la Eucaristía con todos los hermanos y hermanas.

La comunidad cristiana en Uganda ha crecido mucho gracias al testimonio de los mártires. Ellos han dado testimonio de la verdad que hace libres; estuvieron dispuestos a derramar su sangre para permanecer fieles a lo que sabían que era bueno, bello y verdadero. Estamos hoy aquí en Munyonyo, donde el Rey Mwangi decidió eliminar a los seguidores de Cristo. No tuvo éxito en su intento, como tampoco el Rey Herodes consiguió matar a Jesús. La luz brilló en las tinieblas y las tinieblas no prevalecieron (cf. Jn1,5). Después de haber visto el valiente testimonio de san Andrés Kaggwa y de sus compañeros, los cristianos en Uganda creyeron todavía más en las promesas de Cristo.

Que san Andrés, su Patrón, y todos los catequistas ugandeses mártires, obtengan para ustedes la gracia de ser maestros con sabiduría, hombres y mujeres cuyas palabras estén colmadas de gracia, de un testimonio convincente del esplendor de la verdad de Dios y de la alegría del Evangelio. Testigos de santidad. Vayan sin miedo a cada ciudad y pueblo de este país, sin miedo, para difundir la buena semilla de la Palabra de Dios, y tengan confianza en su promesa de que volverán contentos, con gavillas de abundante cosecha. Pido a todos ustedes, catequistas, que recen por mí, y que hagan rezar a los niños por mí.

Omukama Abawe Omukisa! (Que Dios los bendiga).

SANTA MISA POR LOS MÁRTIRES DE UGANDA*

Santuario de los mártires de Uganda, Namugongo

«Recibirán la fuerza del Espíritu Santo que descenderá sobre ustedes, y serán mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta los confines de la tierra» (*Hch* 1,8).

Desde la época Apostólica hasta nuestros días, ha surgido un gran número de testigos para proclamar a Jesús y manifestar el poder del Espíritu Santo. Hoy, recordamos con gratitud el sacrificio de los mártires ugandeses, cuyo testimonio de amor por Cristo y su Iglesia ha alcanzado precisamente «los extremos confines de la tierra». Recordamos también a los mártires anglicanos, su muerte por Cristo testimonia el ecumenismo de la sangre. Todos estos testigos han cultivado el don del Espíritu Santo en sus vidas y han dado libremente testimonio de su fe en Jesucristo, aun a costa de su vida, y muchos de ellos a muy temprana edad.

También nosotros hemos recibido el don del Espíritu, que nos hace hijos e hijas de Dios, y también para dar testimonio de Jesús y hacer que lo conozcan y amen en todas partes. Hemos recibido el Espíritu cuando renacimos por el bautismo, y cuando fuimos fortalecidos con sus dones en la Confirmación. Cada día estamos llamados a intensificar la presencia del Espíritu Santo en nuestra vida, a «reavivar» el don de su amor divino para convertirnos en fuente de sabiduría y fuerza para los demás.

El don del Espíritu Santo se da para ser compartido. Nos une mutuamente como fieles y miembros vivos del Cuerpo místico de Cristo. No recibimos el don del Espíritu sólo para nosotros, sino para edificarnos los unos a los otros en la fe, en la esperanza y en el amor. Pienso en los santos José Mkasa y Carlos Lwanga que, después de haber sido instruidos por otros en la fe, han querido transmitir el don que habían recibido. Lo hicieron en tiempos difíciles. No estaba amenazada solamente su vida, sino también la de los muchachos más jóvenes confiados a sus cuidados. Dado que ellos habían cultivado la propia fe y habían crecido en el amor de Cristo, no tuvieron miedo de llevar a Cristo a los demás, aun a precio de la propia vida. Su fe se convirtió en testimonio; venerados como mártires, su

*28 de noviembre. Namugongo (Uganda)

ejemplo sigue inspirando hoy a tantas personas en el mundo. Ellos siguen proclamando a Jesucristo y el poder de la cruz.

Si, a semejanza de los mártires, reavivamos cotidianamente el don del Espíritu Santo que habita en nuestros corazones, entonces llegaremos a ser de verdad los discípulos misioneros que Cristo quiere que seamos. Sin duda, lo seremos para nuestras familias y nuestros amigos, pero también para los que no conocemos, especialmente para quienes podrían ser poco benévolos e incluso hostiles con nosotros. Esta apertura hacia los demás comienza en la familia, en nuestras casas, donde se aprende a conocer la misericordia y el amor de Dios. Y se expresa también en el cuidado de los ancianos y de los pobres, de las viudas y de los huérfanos.

El testimonio de los mártires nuestra, a todos los que han conocido su historia, entonces y hoy, que los placeres mundanos y el poder terreno no dan alegría ni paz duradera. Es más, la fidelidad a Dios, la honradez y la integridad de la vida, así como la genuina preocupación por el bien de los otros, nos llevan a esa paz que el mundo no puede ofrecer. Esto no disminuye nuestra preocupación por las cosas de este mundo, como si mirásemos solamente a la vida futura. Al contrario, nos ofrece un objetivo para la vida en este mundo y nos ayuda a acercarnos a los necesitados, a cooperar con los otros por el bien común y a construir, sin excluir a nadie, una sociedad más justa, que promueva la dignidad humana, defienda la vida, don de Dios, y proteja las maravillas de la naturaleza, la creación, nuestra casa común.

Queridos hermanos y hermanas, esta es la herencia que han recibido de los mártires ugandeses: vidas marcadas por la fuerza del Espíritu Santo, vidas que también ahora siguen dando testimonio del poder transformador del Evangelio de Jesucristo. Esta herencia no la hacemos nuestra como un recuerdo circunstancial o conservándola en un museo como si fuese una joya preciosa. En cambio, la honramos verdaderamente, y a todos los santos, cuando llevamos su testimonio de Cristo a nuestras casas y a nuestros prójimos, a los lugares de trabajo y a la sociedad civil, tanto si nos quedamos en nuestras propias casas como si vamos hasta los más remotos confines del mundo.

Que los mártires ugandeses, junto con María, Madre de la Iglesia, intercedan por nosotros, y que el Espíritu Santo encienda en nosotros el fuego del amor divino.

Omukama abawe omukisa. (Que Dios los bendiga).

ENCUENTRO CON LOS JÓVENES*

Escuché con mucho dolor en el corazón el testimonio de Winnie y Emmanuel. Pero a medida que he estado escuchando, me hice una pregunta: Una experiencia negativa ¿puede servir para algo en la vida? ¡Sí! Tanto Emmanuel como Winnie han sufrido experiencias negativas. Winnie pensaba que no había futuro para ella, que la vida para ella era una pared delante, pero Jesús le fue haciendo entender que en la vida se puede hacer un gran milagro: transformar una pared en horizonte. Un horizonte que me abra el futuro. Delante de una experiencia negativa – y muchos de acá, muchos de los que estamos acá, hemos tenido experiencias negativas – siempre está la posibilidad de abrir un horizonte, de abrirlo con la fuerza de Jesús. Hoy, Winnie transformó su depresión, su amargura, en esperanza. Y esto no es magia, esto es obra de Jesús, porque Jesús es el Señor, Jesús puede todo. Y Jesús sufrió la experiencia más negativa de la historia: fue insultado, fue rechazado y fue asesinado. Y Jesús por el poder de Dios resucitó. Él puede hacer en cada uno de nosotros lo mismo, con cada experiencia negativa, porque Jesús es el Señor.

Yo me imagino –y todos juntos hagamos un acto de imaginarnos– el sufrimiento de Emmanuel, cuando veía que sus compañeros eran torturados, cuando veía que sus compañeros eran asesinados. Emmanuel fue valiente, se animó. Él sabía que, si lo encontraban el día que se escapaba, lo mataban. Arriesgó, se confió en Jesús y se escapó, y hoy lo tenemos aquí, después de 14 años, graduado en Ciencias Administrativas. Siempre se puede. Nuestra vida es como una semilla: para vivir hay que morir; y morir, a veces, físicamente, como los compañeros de Emmanuel; morir como murió Carlos Lwanga y los mártires de Uganda. Pero, a través de esa muerte, hay una vida, una vida para todos. Si yo transformo lo negativo en positivo, soy un triunfador. Pero eso solamente se puede hacer con la gracia de Jesús. ¿Están seguros de esto?... No escucho nada... ¿Están seguros de esto? [jóvenes: «Sí»] ¿Están dispuestos a transformar en la vida todas las cosas negativas en positivo? [jóvenes: «Sí»] ¿Están dispuestos a transformar el odio en amor? [jóvenes: «Sí»] ¿Están dispuestos a querer transformar la guerra en la paz? [jóvenes: «Sí»] Ustedes tengan conciencia que son un pueblo de mártires, por las venas

*28 de noviembre. Kololo (Uganda)

de ustedes corre sangre de mártires, y por eso tienen la fe y la vida que tienen ahora. Y esta fe, y esta vida, es tan linda, que se la llama «la perla del África».

Parece que el micrófono no funcionaba bien. A veces, también nosotros no funcionamos bien. ¿Sí o no? *Muy bien* [en inglés]. Y, cuando no funcionamos bien ¿a quién tenemos que ir a pedirle que nos ayude? ¡No oigo! ¡Más alto! ¡A Jesús! Jesús puede cambiarte la vida. Jesús puede tirarte abajo todos los muros que tenés delante. Jesús puede hacer que tu vida sea un servicio para los demás.

Algunos de ustedes me pueden preguntar: «Y para esto, ¿hay una varita mágica?». Si vos querés que Jesús te cambie la vida, pedíle ayuda. Y esto se llama rezar. ¿Entendieron bien? Rezar. Les pregunto: ¿Ustedes rezan? *Seguros* [en inglés] Rezadle a Jesús, porque él es el Salvador. Nunca dejen de rezar. La oración es el arma más fuerte que tiene un joven. Jesús nos quiere. Les pregunto: ¿Jesús quiere a unos sí, y a otros no? [Jóvenes: «No»] ¿Jesús quiere a todos? [Jóvenes: «Sí»] ¿Jesús quiere ayudar a todos? [Jóvenes: «Sí»] Entonces, abríle la puerta de tu corazón y dejálo entrar. Dejar entrar a Jesús en mi vida. Y, cuando Jesús entra en tu vida, Jesús va a luchar, a luchar contra todos los problemas que señaló Winnie. Luchar contra la depresión, luchar contra el AIDS (SIDA). Pedir ayuda para superar esas situaciones, pero siempre luchar. Luchar con mi deseo y luchar por mi oración. ¿Están dispuestos a luchar? [Jóvenes: «Sí»] ¿Están dispuestos a desear lo mejor para ustedes? [Jóvenes: «Sí»] ¿Están dispuestos a rezar, a pedirle a Jesús que los ayude en la lucha? [Jóvenes: «Sí»]

Y una tercera cosa que les quiero decir. Todos nosotros estamos en la Iglesia, pertenecemos a la Iglesia. ¿Es correcto? [Jóvenes: «Sí»] Y la Iglesia tiene una Madre. ¿Cómo se llama?... No entiendo [Jóvenes: «María»] Rezar a la Madre. Cuando un chico se cae, se lastima, se pone a llorar y va a buscar a la mamá. Cuando nosotros tenemos un problema, lo mejor que podemos hacer es ir donde nuestra Madre, y rezarle a María, nuestra Madre. ¿Están de acuerdo? [«Sí»] ¿Ustedes, le rezan a la Virgen, a nuestra Madre? [Jóvenes: «Sí»] Y por aquí [dirigiéndose a un grupo de jóvenes], pregunto: ¿Ustedes rezan a Jesús y a la Virgen, nuestra Madre? [Jóvenes: «Sí»]

Las tres cosas. Superar las dificultades. Segundo, transformar lo negativo en positivo. Tercero, oración. Oración a Jesús, que lo puede todo. Jesús, que entra en nuestro corazón y nos cambia la vida. Jesús, que vino para salvarme y dio su vida por mí. Rezad a Jesús porque Él es el único Señor. Y como en la Iglesia no somos huérfanos y tenemos una Madre, rezad a nuestra Madre. ¿Y cómo se llama nuestra Madre? [Jóvenes: «María»] ¡Más fuerte! [Jóvenes: «María»]

Les agradezco mucho que hayan escuchado. Les agradezco que quieran cam-

biar lo negativo en positivo. Que quieran luchar contra lo malo con Jesús al lado. Y, sobre todo, les agradezco que tengan ganas de nunca dejar de rezar. Y ahora los invito a rezar juntos a nuestra Madre para que nos proteja. ¿Estamos de acuerdo? [Jóvenes: «Sí»] ¿Todos juntos? [Jóvenes: «Sí»]

[Ave María y bendición en inglés]

[En inglés]. *Y, por favor, por favor. Un último pedido. Rezad por mí, rezad por mí, lo necesito. ¡No se olviden! ¡Hasta luego!*

VISITA A LA CASA DE LA CARIDAD DE NALUKOLONGO*

Queridos amigos:

Les agradezco su afectuosa acogida. Tenía un gran deseo de visitar esta Casa de la Caridad, que el Cardenal Nsubuga fundó aquí en Nalukolongo. Este lugar siempre ha estado ligado al compromiso de la Iglesia en favor de los pobres, los discapacitados y los enfermos. Pienso particularmente en el enorme y fructífero trabajo realizado con las personas afectadas por el SIDA. Aquí, en los primeros tiempos, se rescató a niños de la esclavitud y las mujeres recibieron una educación religiosa. Saludo a las Hermanas del Buen Samaritano, que llevan adelante esta excelente obra y les agradezco el servicio silencioso y gozoso en el apostolado de estos años. Y aquí está, está aquí presente, Jesús, porque Él siempre dijo que estaría presente entre los pobres, los enfermos, los encarcelados, los desheredados, los que sufren. Aquí está Jesús.

Saludo también a los representantes de los numerosos grupos de apostolado, que se ocupan de atender las necesidades de nuestros hermanos y hermanas en Uganda. Sobre todo, saludo a quienes viven en esta Casa y en otras semejantes, así como a todos los que se acogen a las iniciativas de caridad cristiana. Porque ésta es justamente una casa. Aquí pueden encontrar afecto y premura; aquí pueden sentir la presencia de Jesús nuestro hermano, que nos ama a cada uno con ese amor que es propio de Dios.

Hoy, desde esta Casa, quisiera hacer un llamamiento a todas las parroquias y comunidades de Uganda –y del resto de África– para que no se olviden de los pobres, ¡no se olviden de los pobres! El Evangelio nos impulsa a salir hacia las periferias de la sociedad y encontrar a Cristo en el que sufre y pasa necesidad. El Señor nos dice con palabras claras que nos juzgará de esto. Da tristeza ver cómo nuestras sociedades permiten que los ancianos sean descartados u olvidados. No es admisible que los jóvenes sean explotados por la esclavitud actual del tráfico de seres humanos. Si nos fijamos bien en lo que pasa en el mundo que nos rodea, da la impresión de que el egoísmo y la indiferencia se va extendiendo por muchas partes. Cuántos hermanos y hermanas nuestros son víctimas de la cultura actual

*28 de noviembre. Kampala (Uganda)

del «usar y tirar», que lleva a despreciar sobre todo a los niños no nacidos, a los jóvenes y a los ancianos.

Como cristianos, no podemos permanecer impasibles, mirando a ver qué pasa, sin hacer nada. Algo tiene que cambiar. Nuestras familias han de ser signos cada vez más evidentes del amor paciente y misericordioso de Dios, no sólo hacia nuestros hijos y ancianos, sino hacia todos los que pasan necesidad. Nuestras parroquias no han de cerrar sus puertas y sus oídos al grito de los pobres. Se trata de la vía maestra del discipulado cristiano. Es así como damos testimonio del Señor, que no vino para ser servido sino para servir. Así ponemos de manifiesto que las personas cuentan más que las cosas y que lo que somos es más importante que lo que tenemos. En efecto, Cristo, precisamente en aquellos que servimos, se revela cada día y prepara la acogida que esperamos recibir un día en su Reino eterno.

Queridos amigos, a través de gestos sencillos, a través de acciones sencillas y generosas, que honran a Cristo en sus hermanos y hermanas más pequeños, conseguimos que la fuerza de su amor entre en el mundo y lo cambie realmente. De nuevo les agradezco su generosidad y su caridad. Les recordaré siempre en mis oraciones y les pido, por favor, que recen por mí. A todos ustedes, los confío a la tierna protección de María, nuestra Madre y les doy mi bendición.

Omukama Abakuume! [Que Dios los proteja].

ENCUENTRO CON SACERDOTES, RELIGIOSOS, RELIGIOSAS Y SEMINARISTAS*

Pido disculpas por hablar en mi lengua materna pero yo no sé hablar inglés.

Tres cosas les quiero decir. Primero de todo, en el libro del Deuteronomio, Moisés recuerda a su pueblo: «No olviden» Y lo repite durante el libro varias veces: «No olvidar» No olvidar todo lo que Dios hizo por el pueblo. Lo primero que les quiero decir a ustedes es que tengan, pidan la gracia de la memoria. Como les dije a los jóvenes: «Por la sangre de los católicos ugandeses está mezclada la sangre de los mártires». No pierdan la memoria de esta semilla, para que, así, sigan creciendo. El principal enemigo de la memoria es el olvido, pero no es el más peligroso. El enemigo más peligroso de la memoria es acostumbrarse a heredar los bienes de los mayores. La Iglesia en Uganda no puede acostumbrarse nunca al recuerdo lejano de estos mártires. Mártir significa testigo. La Iglesia, en Uganda, para ser fiel a esa memoria tiene que seguir siendo testigo, no tienen que vivir de renta. Las glorias pasadas fueron el principio, pero ustedes tienen que hacer las glorias futuras. Y ese es el encargo que les da la Iglesia a ustedes: Sean testigos como fueron testigos los mártires que dieron la vida por el Evangelio.

Para ser testigos – segunda palabra que les quiero decir – es necesaria la fidelidad. Fidelidad a la memoria, fidelidad a la propia vocación, fidelidad al celo apostólico. Fidelidad significa seguir el camino de la santidad. Fidelidad significa hacer lo que hicieron los testigos anteriores: ser misioneros. Quizás acá, en Uganda, hay diócesis que tienen mucho sacerdotes y diócesis que tienen pocos. Fidelidad significa ofrecerse al obispo para irse a otra diócesis que necesita misioneros. Y esto no es fácil. Fidelidad significa perseverancia en la vocación. Y acá quiero agradecer de una manera especial el ejemplo de fidelidad que me dieron las hermanas de la Casa de la Misericordia: fidelidad a los pobres, a los enfermos, a los más necesitados, porque Cristo está allí. Uganda fue regada con sangre de mártires, de testigos. Hoy es necesario seguir regándola y, para eso, nuevos desafíos, nuevos testimonios, nuevas misiones, sino van a perder la gran riqueza que tienen y «la perla de África» terminará guardada en un museo, porque el demonio

*28 de noviembre. Kampala (Uganda)

ataca así, de a poquito. Y estoy hablando no sólo para los sacerdotes, también para los religiosos. Lo de los sacerdotes lo quise decir de una manera especial respecto al problema de la misionariedad: que las diócesis con mucho clero se ofrezcan a las de menos clero, entonces Uganda va a seguir siendo misionera.

Memoria que significa fidelidad; y fidelidad que solamente es posible con la oración. Si un religioso, una religiosa, un sacerdote deja de rezar o reza poco, porque dice que tienen mucho trabajo, ya empezó a perder la memoria y ya empezó a perder la fidelidad. Oración que significa también humillación. La humillación de ir con regularidad al confesor a decir los propios pecados. No se puede renegar de las dos piernas. Los religiosos, las religiosas y los sacerdotes no podemos llevar doble vida. Si sos pecador, si sos pecadora, pedí perdón, pero no mantengas escondido lo que Dios no quiere, no mantengas escondida la falta de fidelidad, no encierres en el armario, la memoria.

Memoria, nuevos desafíos, fidelidad a la memoria y oración. La oración siempre empieza con reconocerse pecador. Con esas tres columnas, «la perla del África» seguirá siendo perla y no sólo una palabra del diccionario. Que los mártires que dieron fuerza a esta Iglesia los ayuden a seguir adelante en la memoria, en la fidelidad y en la oración. Y, por favor, les pido que no se olviden de rezar por mí. [en inglés] Muchas gracias.

Ahora los invito a rezar todos juntos un Ave María a la Virgen.

IGLESIA DIOCESANA



OBISPO

DECRETOS

DECRETO DE CONSTITUCIÓN DEL CONSEJO DE PRESBITERIO

DON LUIS QUINTEIRO FIUZA,
OBISPO DE TUI-VIGO

Habiéndose llevado a cabo, de conformidad con los preceptos del Derecho Canónico y las normas de los Estatutos del *CONSEJO PRESBITERAL* de la Diócesis (Arts. 12-19), las elecciones para la designación de *Miembros electivos* de dicho Consejo, han sido designados –para un periodo de cuatro años– los Presbíteros que abajo se expresan.

Queda, pues, el consejo integrado por los siguientes sacerdotes:

Miembros natos

1. Vicario General, don **Juan Luis Martínez Lorenzo**
2. Vicario Episcopal de Pastoral, don **José Vidal Novoa**
3. Vicario Episcopal para Asuntos Económicos, don **Santiago Pérez Bouzada**
4. Vicario Episcopal para el Clero, don **Xosé Uxío Nerga Menduiña**
5. Rector del Seminario Mayor, don **Ángel Marzoa Rodríguez**
6. Presidente del Cabildo, don **José Diéguez Dieppa**
7. Delegado Episcopal para el Año Jubilar de la Misericordia, don **Javier Alonso Docampo**
8. Delegado Episcopal de Apostolado Seglar don **Juan José González Estévez**
9. Delegado Episcopal de Educación en la Fe, don **Juan Luis Martínez Lorenzo**
10. Delegado Episcopal de Pastoral Litúrgica, don **José Diéguez Dieppa**

11. Delegado Episcopal para la Vida Consagrada, Padre **Alfredo García Fernández, CMF**.

Miembros electivos

12. Don **Juan Luis Martínez Diz**, por los sacerdotes del Arciprestazgo de Entenza

Sustituto: don Joaquín Estévez Estévez

13. Don **Julio Ramos Rodríguez**, por los de A Guarda-Tebra

Sustituto: don José Luis Portela Trigo

14. Don **Víctor Bargiela Bargiela**, por los de A Louriña

Sustituto: don Arturo Garrido Rodríguez

15. don **Manuel Salcidos González**, por los del Miñor

Sustituto: don Juan Benito Rodríguez Guerreiro

16. don **David López Castro**, por los de Montes-Mondariz

Sustituto: don Alberto Novoa Vila

17. don **José Eugenio Domínguez Carballo**, por los de Redondela-Oitavén

Sustituto: don David Romero Boullosa

18. don **Francisco Javier de Ramiro Crespo**, por los de Salvatierra

Sustituto: don Sergio Gómez Nuñez

19. don **Telmo Lago Mediero**, por los de San Martiño

Sustituto: don José Antonio Eiró Otero

20. don **José Antonio Lago Rouco**, por los del Tea

Sustituto: don Luis Pose Regueiro

21. don **Gonzalo Otero Martínez**, por los de Tui

Sustituto: don Santiago Jesús Freire Comesaña

22. don **Alberto Román Cuevas Fernández**, por los de Vigo-Casablanca

Sustituto: don Xosé Manuel Pereira Vidal

23. Padre **Miguel Ángel Pérez Valdivieso, OFM**, por los de Vigo-Centro

Sustituto: don José Antonio Marzoa Rodríguez

24. don **Manuel Ángel Rodríguez Luis**, por los de Vigo-Lavadores

Sustituto: don Fernando Lago Lago

25. don **Santiago Manuel Vega López**, por los de Vigo-Polígono

Sustituto: Padre Juan Antonio Terrón Blanco, OP

26. don **José Manuel Mandado Pérez**, por los de Vigo-Santo André

Sustituto: don Guillermo Román Mandado Pérez

27. don **José Ramón Lera Alonso**, por los de Vigo-Teis

Sustituto: don Samuel Montes Costas

28. Padre **Ángel Fernández Mellado, OCD**, por los de Vigo-As Travesas

Sustituto: don Antonio Domínguez Estévez

29. don **Juan Andión Marán**, por los del Clero no parroquial (Grupo 1)

Sustituto: don Juan Diz Miguelez

30. don **Camilo Paz Valverde**, por los del Clero no parroquial (Grupo 2)

Sustituto: don Ignacio Barrio González

31. don **Jesús Rodríguez Otero**, por los del Clero no parroquial (Grupo 3)

Sustituto: don Jesús Casás Otero

32. Don **Benito Calahorra Moreno de la Santa**, por los del Clero no parroquial (Grupo 4, Prelatura Opus Dei)

Sustituto: don Manuel Bodes García

33. Padre **Benito Santos González, SJ**, por los Sacerdotes Religiosos (Jesuitas)

Sustituto: Padre Marcial Estévez Sangermán, SI

34. Don **Eduardo Ortiz Rebollar, SDB**, por los Sacerdotes Religiosos (Salesianos)

Sustituto: don Joaquín Nieto Isidro, SDB

35. Padre **José Manuel Bernárdez Rodríguez, OFM**, por los Sacerdotes Religiosos (Otros Institutos)

Sustituto: Padre Carlos Ortiz Ramos, OFMCap

Miembros de designación Episcopal

36. don **Juan Carlos Sendón Fojo**

37. don **Julio Andión Marán**

38. don **Guillermo C. Juan Morado**

39. don **Antonio Menduiña Santomé**

40. don **Luis Pose Regueiro**

En consecuencia, por las presentes, convoco a los mencionados Presbíteros, así como a los Miembros natos y a los de libre designación episcopal (arts. 10 y 18), para la *Sesión Constitutiva del*

XII CONSEJO PRESBITERAL DE LA DIÓCESIS,

que, Dios mediante, tendrá lugar en el Seminario Mayor de San José, de esta ciudad de Vigo, el día 9 (miércoles) de diciembre, a las diez y media de la mañana.

Dado en Vigo, a 30 de noviembre, Fiesta del San Andrés, Apóstol, del año dos mil quince.

+Luis Quintero Fiuza
Obispo de Tui-Vigo

Por mandato,

Alfonso Fernández Galiana
Canciller-Secretario

SESIÓN DE CONSTITUCIÓN DEL CONSEJO DE PRESBITERIO DIOCESANO*

Nos reunimos hoy para esta sesión constitutiva del nuevo Consejo de Presbiterio de nuestra Iglesia Diocesana de Tui-Vigo. Damos gracias a Dios por poder asumir serenamente esta grave responsabilidad que él pone en nuestras manos y pedimos la ayuda del Señor y de la Santísima Virgen, nuestra Madre, para poder llevar a cabo la misión que se nos ha encomendado.

La Iglesia Diocesana espera de este Consejo Presbiteral, en íntima comunión con su Obispo, una luz de verdad desde la fe, una llamada a la renovación desde la esperanza y un testimonio creíble para vivir el mandamiento del amor fraterno.

Sabemos que estos tiempos nuevos exigen planteamientos audaces y que no son compatibles con actitudes timoratas y egoístas. También sabemos que el Señor nos prometió solemnemente la asistencia del Espíritu Santo para robustecer nuestra fe débil y enderezar nuestros pasos vacilantes. Por otra parte, la nave de la Iglesia tiene hoy como timonel al Papa Francisco que nos invita a vivir intensamente en comunión con cada persona que camina a nuestro lado, compartiendo el gozo del Evangelio.

La Iglesia, siguiendo la doctrina del Concilio Vaticano II, determina que en cada diócesis se constituya el Consejo Presbiteral, como un grupo de sacerdotes que sea como el senado del Obispo, en representación de todo el presbiterio (Cfr. CIC, 495,1). Así mismo, se especifica en la normativa eclesial que la misión del Consejo del Presbiterio es “ayudar al Obispo en el gobierno de la diócesis conforme a la norma del derecho, para proveer lo más posible al bien pastoral de la porción del pueblo de Dios que se le ha encomendado” (Ibid.).

A la hora de concretar la relación del Obispo con el Consejo Presbiteral, la normativa eclesial dice expresamente que “ corresponde al Obispo diocesano convocar el Consejo Presbiteral, presidirlo y determinar las cuestiones que deben tratarse o aceptar las que propongan sus miembros” (CIC, 500,1). Son, por tanto, objeto de las deliberaciones de este Consejo tanto aquellas cuestiones que el Obispo considere que deben tratarse como acoger para su tratamiento aquellas que los miembros propongáis. Y es importante subrayar esta doble dimensión de

*9 de diciembre

la procedencia de la problemática a tratar por este Consejo porque, de esta manera, se pone en evidencia la plena responsabilidad que a todos nos compete. Todos tenemos la responsabilidad activa de traer a este Consejo aquellas cuestiones que consideremos relevantes para el bien pastoral de nuestra Diócesis.

Después de cincuenta años de vigencia eclesial de los Consejos diocesanos de Presbiterio, existe en toda la Iglesia una riquísima historia del funcionamiento real de esta institución y es incalculable el bien que ha aportado a la vida de la Iglesia. Bástenos pensar en el bien que ha generado en nuestra Diócesis. Hoy, lejos de mirar atrás con nostalgia y pesimismo, nos sentimos convocados a una lectura de fe de esta riquísima historia postconciliar y queremos responder con generosa responsabilidad a la llamada que la Iglesia nos viene haciendo, especialmente en la persona del Papa Francisco, para llevar a cabo una auténtica conversión pastoral de nuestras personas y de nuestras instituciones.

En este día de la constitución del nuevo Consejo Presbiteral de nuestra Diócesis, quiero traer a nuestra consideración, como luz para iluminar la misión de este Consejo, el discurso que el Papa Francisco ha pronunciado en días pasados con ocasión de los cincuenta años de la celebración del primer Sínodo de los Obispos desde el Concilio vaticano II.

En este importante discurso, el Papa Francisco afirma sin ambages que el camino de la sinodalidad es el camino que Dios espera de la Iglesia del III milenio. Una Iglesia sinodal es una Iglesia de la escucha : “ Se trata de una escucha recíproca en la que cada uno tiene algo que aprender. Pueblo fiel, Colegio Episcopal, Obispo de Roma : cada uno a la escucha de los demás, y todos a la escucha del Espíritu Santo” (Ecclesia,nº 3.803,pg. 26). Para el Papa, esta escucha tiene una doble dimensión que la enriquece: una escucha de Dios, hasta escuchar con él el clamor del Pueblo y una escucha del Pueblo de Dios, hasta respirar en él la voluntad a la que Dios nos llama.

Después de citar el Papa la afirmación de San Juan Crisóstomo de que Iglesia y Sínodo son sinónimos y de recordarnos que la Iglesia no es sino el caminar juntos del rebaño de Dios por las sendas de la historia al encuentro de Cristo Señor, subraya que en el interior de la Iglesia nadie puede ser elevado por encima de los demás, sino que es preciso que alguien se abaje para ponerse al servicio de los hermanos (Cfr. Ecclesia, ibid.). Y finaliza esta reflexión de una manera por él tan sentida: “ ; No lo olvidemos jamás ; Para los discípulos de Jesús, ayer, hoy y siempre, la única autoridad es la autoridad del servicio; el único poder, el poder de la cruz “ (Ecclesia, ibid.).

En aquella solemne ocasión, el Papa no se olvidó de recordarnos que el primer nivel del ejercicio de la sinodalidad se lleva a cabo en las Iglesias particulares.

Y citó como espacios relevantes del ejercicio de esta sinodalidad eclesial, además del sínodo diocesano, a los llamados organismos de comunión de la Iglesia particular: el Consejo Presbiteral, el Colegio de Consultores, el Cabildo de Canónigos y el Consejo Pastoral. Y a este respecto concluye “ Sólo en la medida en que estos organismos permanezcan conectados con la “base” y partan desde la gente, desde los problemas de cada día, puede empezar a tomar forma una Iglesia sinodal: tales instrumentos que algunas veces proceden cansadamente, deben ser valorizados como ocasión de escucha y de compartición” (Ecclesia, ibid.).

Considero que esta llamada del Papa a la escucha mutua en el ejercicio de la sinodalidad eclesial , es nos sólo una voz que nos ilumina en la constitución de este Consejo Presbiteral, sino la indicación certera de un camino de renovación diocesana que estamos convocados a recorrer con esperanza. Tenemos tantas tareas pastorales que realizar para acercarnos a las personas y a los corazones de nuestros fieles y de tantos hermanos que sería imperdonable que nos perdiésemos en discusiones irrelevantes.

Pido al Señor, con todos vosotros, que nos ilumine a ponernos en este Consejo a la escucha de Dios y a la escucha de los hermanos.

Ayer, en Roma, el Papa Francisco ha abierto la Puerta Santa de la Misericordia con ocasión de la inauguración del Año Jubilar por él convocado con tanta convicción. El próximo Domingo también nosotros abriremos en nuestra Catedral la Puerta Santa de la Misericordia con la esperanza de que la persona de Jesucristo resplandezca para todos nosotros como el rostro de la misericordia del Padre.

Os pido vuestro sincero compromiso para ayudar a toda la Diócesis a vivir este Año Jubilar de la misericordia con una sincera y renovada esperanza de conversión personal y eclesial. Abramos nuestro corazón al Señor para que podamos ayudar a los demás a abrir sus vidas al gozo que nos regala el Padre de la Misericordia.

Termino anunciándoos, para comienzos de la Cuaresma, la publicación de una Carta pastoral que llevará como título : Bienaventurados los misericordiosos. La caridad y la misericordia como fundamento de nuestra acción pastoral.

Bienvenidos seáis todos a este Consejo Prebiteral y ánimo para el camino que comenzamos a recorrer juntos.

+Luis Quinteiro Fiuza
Obispo de Tui-Vigo

SESIÓN DE CONSTITUCIÓN DO CONSELLO DE PRESBITERIO DIOCESANO (GALEGO)

Reunímonos hoxe para esta sesión constitutiva do novo Consello de Presbiterio da nosa Igrexa Diocesana de Tui-Vigo. Damos grazas a Deus por poder asumir serenamente esta grave responsabilidade que el pon nas nosas mans e pedimos a axuda do Señor e da Santísima Virxe, a nosa Nai, para poder levar a cabo a misión que se nos encomendou.

A Igrexa Diocesana espera deste Consello Presbiteral, en íntima comunión co seu Bispo, unha luz de verdade desde a fe, unha chamada á renovación desde a esperanza e un testemuño crible para vivir o mandamento do amor fraterno.

Sabemos que estes tempos novos esixen formulacións audaces e que non son compatibles con actitudes timoratas e egoístas. Tamén sabemos que o Señor nos prometeu solemnemente a asistencia do Espírito Santo para robustecer a nosa fe débil e endereitar os nosos pasos vacilantes. Por outra banda, a nave da Igrexa ten hoxe como temoneiro ao Papa Francisco que nos convida a vivir intensamente en comunión con cada persoa que camiña ao noso lado, compartindo o gozo do Evanxeo.

A Igrexa, seguindo a doutrina do Concilio Vaticano II, determina que en cada diocese constitúase o Consello Presbiteral, como un grupo de sacerdotes que sexa como o senado do Bispo, en representación de todo o presbiterio (Cfr. CIC, 495,1). Así mesmo, especificase na normativa eclesial que a misión do Consello do Presbiterio é axudar ao Bispo no goberno da diocese conforme á norma do dereito, para prover o máis posible ao ben pastoral da porción do pobo de Deus que se lle encomendou (Ibid.).

Á hora de concretar a relación do Bispo co Consello Presbiteral, a normativa eclesial di expresamente que corresponde ao Bispo diocesano convocar o Consello Presbiteral, presidilo e determinar as cuestións que deben tratarse ou aceptar as que propoñan os seus membros (CIC, 500,1). Son, por tanto, obxecto das deliberacións deste Consello tanto aquelas cuestións que o Bispo considera que deben tratarse como acoller para o seu tratamento aquelas que os membros propoñades. E é importante subliñar esta dobre dimensión da procedencia da problemática a tratar por este Consello porque, desta maneira, ponse en evidencia a plena responsabilidade que a todos nos compete. Todos temos a respon-

sabilidade activa de traer a este Consello aquelas cuestións que consideremos relevantes para o ben pastoral da nosa Diocese.

Despois de cincuenta anos de vixencia eclesial dos Consellos diocesanos de Presbiterio, existe en toda a Igrexa unha riquísima historia do funcionamento real desta institución e é incalculable o ben que achegou á vida da Igrexa. Bástenos pensar no ben que xerou na nosa Diocese. Hoxe, lonxe de mirar atrás con nostalgia e pesimismo, sentimos convocados a unha lectura de fe desta riquísima historia postconciliar e queremos responder con xenerosa responsabilidade á chamada que a Igrexa nos vén facendo, especialmente na persoa do Papa Francisco, para levar a cabo unha auténtica conversión pastoral das nosas persoas e das nosas institucións.

Neste día da constitución do novo Consello Presbiteral da nosa Diocese, quero traer á nosa consideración, como luz para iluminar a misión deste Consello, o discurso que o Papa Francisco pronunciou en días pasados con ocasión do cincuenta anos da celebración do primeiro Sínodo dos Bispos desde o Concilio vaticano II.

Neste importante discurso, o Papa Francisco afirma sen ambaxes que o camiño da sinodalidade é o camiño que Deus espera da Igrexa do III milenio. Unha Igrexa sinodal é unha Igrexa de escoítaa : Trátase dunha escoita recíproca na que cada un ten algo que aprender. Pobo fiel, Colexio Episcopal, Bispo de Roma : cada un a escoítaa dos demais, e todos a escoítaa do Espírito Santo? (*Ecclesia,nº 3.803,pg. 26). Para o Papa, esta escoita ten unha dobre dimensión que a enriquece: unha escoita de Deus, até escoitar con el o clamor do Pobo e unha escoita do Pobo de Deus, até respirar nel a vontade á que Divos chámanos.

Despois de citar o Papa a afirmación de San Juan Crisóstomo de que Igrexa e Sínodo son sinónimos e de lembrarnos que a Igrexa non é senón o camiñar xuntos do rabaño de Deus polas sendas da historia ao encontro de Cristo Señor, subliña que no interior da Igrexa ninguén pode ser elevado por encima dos demais, senón que é preciso que alguén se abaixe para porse ao servizo dos irmáns (Cfr. Ecclesia, ibid.). E finaliza esta reflexión dunha maneira por el tan sentida: Non o esquezamos xamais Para os discípulos de Jesús, onte, hoxe e sempre, a única autoridade é a autoridade do servizo; o único poder, o poder da cruz (Ecclesia, ibid.).

Naquela solemne ocasión, o Papa non se esqueceu de lembrarnos que o primeiro nivel do exercicio da sinodalidade leva a cabo nas Igrexas particulares. E citou como espazos relevantes do exercizo desta sinodalidade eclesial, ademais do sínodo diocesano, aos chamados organismos de comunión da Igrexa particular: o

Consello Presbiteral, o Colexio de Consultores, o Cabildo de Cónegos e o Consello Pastoral. E a este respecto conclúe “Só na medida en que estes organismos permanezan conectados coa “base” e partan desde a xente, desde os problemas de cada día, pode empezar a tomar forma unha Igrexa sinodal: tales instrumentos que algunhas veces proceden cansadamente, deben ser valorizados como ocasión de escoita e de compartición (Ecclesia, *ibid.*).

Considero que esta chamada do Papa a escóitaa mutua no exercicio da sinodalidade eclesial, é nos só unha voz que nos ilumina na constitución deste Consello Presbiteral, senón a indicación certa dun camiño de renovación diocesana que estamos convocados a percorrer con esperanza. Temos tantas tarefas pastorais que realizar para achegarnos ás persoas e aos corazóns dos nosos fieis e de tantos irmáns que sería imperdoable que nos perdésemos en discusións irrelevantes.

Pido ao Señor, con todos vós, que nos ilumine a pornos neste Consello a escóitar a Palabra de Deus e a escóitar a dos irmáns.

Onte, en Roma, o Papa Francisco abriu a Porta Santa da Misericordia con ocasión da inauguración do Ano Xubilar por el convocado con tanta convicción. O vindeiro domingo tamén nós abriremos na nosa Catedral a Porta Santa da Misericordia coa esperanza de que a persoa de Xesucristo resplandeza para todos nós como o rostro da misericordia do Pai.

Pídivos o voso sincero compromiso para axudar a toda a Diocese a vivir este ano Xubilar da misericordia cunha sincera e renovada esperanza de conversión persoal e eclesial. Abramos o noso corazón ao Señor para que podamos axudar aos demais a abrir as súas vidas ao gozo que nos regala o Pai da Misericordia.

Termino anunciándovos, para comezos da Coresma, a publicación dunha Carta pastoral que levará como título : Bienaventurados os misericordiosos. A caridade e a misericordia como fundamento da nosa acción pastoral.

Benvidos sexades todos a este Consello Prebiteral e ánimo para o camiño que comezamos a percorrer xuntos.

+Luis Quinteiro Fiuza
Obispo de Tui-Vigo

HOMILÍA APERTURA AÑO JUBILAR DE LA MISERICORDIA

Queridos Hermanos y hermanas: Convocados por el Papa Francisco, en unión con todas las Iglesias locales del mundo, nos hemos reunido también nosotros hoy en nuestra Catedral para celebrar la Eucaristía que inaugura, con la apertura de la Puerta de la Misericordia, el Año Jubilar en nuestra Diócesis.

El Papa Francisco ha convocado con mucha esperanza y empeño este Año Jubilar de la Misericordia. Os pido a todos encarecidamente que leáis, una y otra vez, y meditéis con especial aplicación, a lo largo de este año de gracia que acabamos de comenzar, la Bula del Jubileo de la Misericordia, El rostro de la Misericordia. En esta Bula, el Santo Padre nos explica con palabras sencillas y llenas de pasión evangelizadora el mensaje central de nuestra fe y que el Señor nos invita a vivir hoy en nuestras personas, en nuestras familias, en nuestras parroquias, en nuestra Diócesis y en nuestra Iglesia.

Al convocar el Año jubilar de la Misericordia, el Papa Francisco nos dice que la Iglesia tiene la misión de anunciar la misericordia de Dios y que de esta manera la Iglesia hace suyo el comportamiento de Jesucristo que sale a encontrar a todos, sin excluir a ninguno. Y subraya que en este tiempo, en el que la Iglesia está comprometida con la evangelización, el tema de la misericordia es esencial para una renovada acción pastoral.

El Papa, en la convocatoria de este Jubileo, pone el mayor énfasis en la afirmación de que la primera verdad de la Iglesia es el amor de Cristo. Y siguiendo aquella profunda constatación de H. von Balthasar de que sólo el Amor es digno de ser creído, nos dice el Papa Francisco que es determinante para la Iglesia y para la credibilidad de su anuncio que viva y testimonie en primera persona la misericordia. Por eso, su lenguaje y sus gestos deben transmitir misericordia para que las personas le permitan el acceso a sus corazones a fin de que reencuentren el camino de vuelta al Padre, que acoge con alegría y perdona sin condiciones. En este sentido, resulta evidente la afirmación del Papa de que donde la Iglesia esté presente, allí debe estar la misericordia del Padre. Por eso nos pide que en nuestras parroquias, en nuestras comunidades, en las asociaciones y movimientos, es decir, dondequiera que haya cristianos, cualquiera pueda encontrar un oasis de misericordia (Cfr. M.v.,12).

Siguiendo esta llamada del Papa Francisco, esta Diócesis de Tui-Vigo, que se está preparando con este tiempo de Adviento a la gozosa celebración de la cercana Fiesta de la Natividad del Niño Dios, se dispone con esta solemne celebración a vivir intensamente el Año Jubilar de la Misericordia. Están ya programados muchos actos diocesanos y otros que irán surgiendo, pero no podremos vivir con fruto este año de gracia sin la conversión de nuestras vidas al amor misericordioso de Dios y sin un compromiso pastoral intenso de nuestras parroquias que revitalice los cauces ordinarios de la mediación eclesial de los misterios de la fe. Así como la familia es la célula fundamental y decisiva de la sociedad, así es la parroquia en la Iglesia, el hogar de la celebración fe, el espacio donde los hermanos conviven y fortalecen sus lazos de fraternidad hasta hacer creíble el Amor y la Misericordia que nos salvan. Por tanto, sólo podemos esperar verdaderos frutos de este Año Jubilar de la Misericordia si en nuestras parroquias tomamos en serio la llamada del Papa a ser testigos y portadores del amor de Dios.

Invito a todas las parroquias a que acojáis con un fuerte compromiso la llamada que el Papa nos hace en este Año de la Misericordia a realizar la experiencia de abrir el corazón a cuantos viven en las más contradictorias experiencias existenciales. Hagamos de nuestras parroquias un lugar privilegiado de la Iglesia que está llamada a curar muchas heridas, a aliviarlas con el óleo de la consolación, a vendarlas con la misericordia y a curarlas con la solidaridad y la debida atención.

Quisiera que en este compromiso las parroquias no estéis solas y que todas las instituciones diocesanas estuviesen a vuestro lado al servicio de la misericordia. Es la hora de caminar juntos porque la Iglesia no es sino el caminar juntos del rebaño de Dios por las sendas de la historia al encuentro de Cristo Señor, como nos recordó recientemente el Papa Francisco con ocasión del cincuenta aniversario del primer Sínodo de Obispos. Una Iglesia que camina unida es una Iglesia de la escucha recíproca en la que cada uno tiene algo que aprender: cada uno a la escucha de los demás y todos a la escucha del Espíritu Santo.

Este caminar juntos en la Iglesia tenemos que convertirlo en un compromiso importante de nuestra Diócesis a lo largo de este Jubileo Extraordinario de la Misericordia. Y para ello no tendremos que hacer experiencias desconocidas, sino caminar al ritmo que la Iglesia nos marca para este año de la Misericordia.

Para descubrir el camino que la Iglesia nos invita a recorrer en este Año de la Misericordia, conviene detenernos en los símbolos de esta celebración. Ellos son para nosotros la mejor catequesis de lo que este Jubileo nos convoca a vivir como Iglesia del Señor.

Los elementos que concurren a configurar el rito de esta apertura de la Puerta de la Misericordia son expresión del contenido y carácter de este Año Jubilar:

En primer lugar, se nos presenta el misterio de Dios, rico en misericordia y compasión, revelado y realizado en Cristo, rostro de la misericordia del Padre y continuamente hecho operante por el don del Espíritu. El otro elemento fundamental de esta celebración es el reconocimiento de Cristo como única puerta por la que se accede a la salvación y el único camino que conduce al Padre. Un tercer elemento de esta celebración es el incesante peregrinar de la Iglesia hacia Jesucristo, el mismo ayer, hoy y siempre.

Hemos comenzado esta celebración con la proclamación del Evangelio de las parábolas de la misericordia que nos situó en el corazón del Año Jubilar. El Padre de la Misericordia viene a nuestra búsqueda para llevarnos de nuevo a su casa y nos invita permanentemente a la reconciliación.

Continuamos con la procesión que indica el carácter de la peregrinación como signo peculiar del Año Jubilar. Es la imagen del camino que nos recuerda que también la misericordia es una meta para alcanzar y que requiere compromiso y sacrificio.

Hemos abierto y atravesado la Puerta de la Misericordia. Es el signo específico de la inauguración de este Año Jubilar de la Misericordia. La apertura de la Puerta es un signo cristológico que hace referencia a Cristo como puerta de la misericordia del Padre y que será la referencia constante de este Jubileo Extraordinario: atravesar la puerta del corazón misericordioso del Padre, desvelado en el costado abierto de Cristo en la cruz.

Como acto penitencial hemos hecho memoria de nuestro Bautismo, primer sacramento y puerta de entrada de la Iglesia. El Bautismo es, en efecto, el primer sacramento que nos configura con Cristo muerto y resucitado. Nos convierte en criaturas nuevas por la efusión del Espíritu, haciéndonos miembros del cuerpo de Cristo, templo santo de Dios y miembros de la Iglesia.

La celebración de la Eucaristía constituye el punto culminante de la celebración de la apertura del Jubileo de la Misericordia que estamos viviendo unidos. En esta Eucaristía el Padre, en su misericordia, sale al encuentro de todos los que buscan a Dios con sincero corazón y continuamente ofrece a los hombres su alianza y nos hace gustar la vida eterna de su reino.

Los elementos de esta celebración de la apertura del Año de gracia con sus símbolos jubilares han de ser la referencia permanente de toda la Iglesia, de

nuestra Diócesis y de sus comunidades a lo largo del Año de la Misericordia. De una manera u otra ellos han de estar presentes en todas nuestras celebraciones a lo largo de este Año. Que el señor las llene de vida y de frutos apostólicos a lo largo y ancho de nuestra Diócesis.

Que la santísima Virgen, la madre del Niño que nace en Belén, bendiga a toda nuestra Diócesis y suscite la esperanza que nos aliente para caminar unidos hacia un mundo nuevo y renovado por la misericordia de Dios.

+Luis Quinteiro Fiuza
Obispo de Tui-Vigo

HOMILÍA APERTURA ANO XUBILAR DA MISERICORDIA (GALEGO)

Queridos Irmáns e irmás: Convocados polo Papa Francisco, en unión con todas as Igrexas locais do mundo, reunímonos tamén nós hoxe na nosa Catedral para celebrar a Eucaristía que inaugura, coa apertura da Porta da Misericordia, o Ano Xubilar na nosa Diocese.

O Papa Francisco convocou con moita esperanza e empeño este ano Xubilar da Misericordia. Pídevos a todos encarecidamente que leades, unha e outra vez, e meditedes con especial aplicación, ao longo deste ano de graza que acabamos de comezar, a Bula do Xubileo da Misericordia, O rostro da Misericordia. Nesta Bula, o Santo Pai explícanos con palabras sinxelas e cheas de paixón evanxelizadora a mensaxe central da nosa fe e que o Señor nos convida a vivir hoxe nas nosas persoas, nas nosas familias, nas nosas parroquias, na nosa Diocese e na nosa Igrexa.

Ao convocar o Ano xubilar da Misericordia, o Papa Francisco dinos que a Igrexa ten a misión de anunciar a misericordia de Deus e que desta maneira a Igrexa fai seu o comportamento de Xesucristo que sae a atopar a todos, sen excluír a ningún. E subliña que neste tempo, no que a Igrexa está comprometida coa evanxelización, o tema da misericordia é esencial para unha renovada acción pastoral.

O Papa, na convocatoria deste Xubileo, pon a maior énfase na afirmación de que a primeira verdade da Igrexa é o amor de Cristo. E seguindo aquela profunda constatación de H. Von Balthasar de que só o Amor é digno de ser crido, dinos o Papa Francisco que é determinante para a Igrexa e para a credibilidade do seu anuncio que viva e testemuñe en primeira persoa a misericordia. Por iso, a súa linguaxe e os seus xestos deben transmitir misericordia para que as persoas permítanlle o acceso aos seus corazóns a fin de que reencontren o camiño de volta ao Pai, que acolle con alegría e perdoa sen condicións. Neste sentido, resulta evidente a afirmación do Papa de que onde a Igrexa estea presente, alí debe estar a misericordia do Pai. Por iso pídenos que nas nosas parroquias, nas nosas comunidades, nas asociacións e movementos, é dicir, onde queira que haxa cristiáns, calquera poida atopar un oasis de misericordia (Cfr. M. v.,12).

Seguindo esta chamada do Papa Francisco, esta Diocese de Tui-Vigo, que se está preparando con este tempo de Advento á gozosa celebración da próxima Festa da Natividade do Neno Deus, dispónse con esta solemne celebración a vivir intensamente o Ano Xubilar da Misericordia. Están xa programados moitos actos diocesanos e outros que irán xurdindo, pero non poderemos vivir con froito este ano de graza sen a conversión das nosas vidas ao amor misericordioso de Deus e sen un compromiso pastoral intenso das nosas parroquias que revitalice as canles ordinarias da mediación eclesial dos misterios da fe. Así como a familia é a célula fundamental e decisiva da sociedade, así é a parroquia na Igrexa, o fogar da celebración fe, o espazo onde os irmáns conviven e fortalecen os seus lazos de fraternidade até facer crible o Amor e a Misericordia que nos salvan. Por tanto, só podemos esperar verdadeiros froitos deste Ano Xubilar da Misericordia se nas nosas parroquias tomamos en serio a chamada do Papa a ser testemuñas e portadores do amor de Deus.

Convido a todas as parroquias a que acollades cun forte compromiso a chamada que o Papa nos fai neste Ano da Misericordia a realizar a experiencia de abrir o corazón a cuantos viven nas máis contraditorias experiencias existenciais. Fagamos das nosas parroquias un lugar privilexiado da Igrexa que está chamada a curar moitas feridas, a alivialas co óleo da consolación, a vendalas coa misericordia e a curalas coa solidariedade e a debida atención.

Quixese que neste compromiso as parroquias non esteades soas e que todas as institucións diocesanas estivesen ao voso lado ao servizo da misericordia. É a hora de camiñar xuntos porque a Igrexa non é senón o camiñar xuntos do rabaño de Deus polas sendas da historia ao encontro de Cristo Señor, como nos lembrou recentemente o Papa Francisco con ocasión do cincuenta aniversario do primeiro Sínodo de Bispos. Unha Igrexa que camiña unida é unha Igrexa de escóitaa recíproca na que cada un ten algo que aprender: cada un a escóitaa dos demais e todos a escóitaa do Espírito Santo.

Este camiñar xuntos na Igrexa temos que convertelo nun compromiso importante da nosa Diocese ao longo deste Xubileu Extraordinario da Misericordia. E para iso non teremos que facer experiencias descoñecidas, senón camiñar ao ritmo que a Igrexa nos marca para este ano da Misericordia.

Para descubrir o camiño que a Igrexa nos convida a percorrer neste ano da Misericordia, convén deternos nos símbolos desta celebración. Eles son para nós a mellor catequese do que este Xubileu nos convoca a vivir como Igrexa do Señor.

Os elementos que concorren a configurar o rito desta apertura da Porta da Misericordia son expresión do contido e carácter deste ano Xubilar:

En primeiro lugar, preséntasenos o misterio de Deus, rico en misericordia e compaixón, revelado e realizado en Cristo, rostro da misericordia do Pai e continuamente feito operante polo don do Espírito. O outro elemento fundamental desta celebración é o recoñecemento de Cristo como única porta pola que se acede á salvación e o único camiño que conduce ao Pai. Un terceiro elemento desta celebración é o incesante peregrinar da Igrexa cara a Xesucristo, o mesmo onte, hoxe e sempre.

Comezamos esta celebración coa proclamación do Evanxeo das parábolas da misericordia que nos situou no corazón do Ano Xubilar. O Pai da Misericordia vén á nosa procura para levarnos de novo á súa casa e convídanos permanentemente á reconciliación.

Continuamos coa procesión que indica o carácter da peregrinación como signo peculiar do Ano Xubilar. É a imaxe do camiño que nos lembra que tamén a misericordia é unha meta para alcanzar e que require compromiso e sacrificio.

Abrimos e atravesamos a Porta da Misericordia. É o signo específico da inauguración deste ano Xubilar da Misericordia. A apertura da Porta é un signo cristolóxico que fai referencia a Cristo como porta da misericordia do Pai e que será a referencia constante deste Xubileo Extraordinario: atravesar a porta do corazón misericordioso do Pai, desvelado no costado aberto de Cristo na cruz.

Como acto penitencial fixemos memoria do noso Bautismo, primeiro sacramento e porta de entrada da Igrexa. O Bautismo é, en efecto, o primeiro sacramento que nos configura con Cristo morto e resucitado. Convértenos en criaturas novas pola efusión do Espírito, facéndonos membros do corpo de Cristo, templo santo de Deus e membros da Igrexa.

A celebración da Eucaristía constitúe o punto culminante da celebración da apertura do Xubileo da Misericordia que estamos a vivir unidos. Nesta Eucaristía o Pai, no seu misericordia, sae ao encontro de todos os que buscan a Deus con sincero corazón e continuamente ofrece aos homes a súa alianza e fainos pregar a vida eterna do seu reino.

Os elementos desta celebración da apertura do Ano de graza cos seus símbolos xubilares han de ser a referencia permanente de toda a Igrexa, da nosa Diocese e das súas comunidades ao longo do Ano da Misericordia. Dunha maneira ou outra eles han de estar presentes en todas as nosas celebracións ao longo deste ano. Que o señor as encha de vida e de froitos apostólicos ao longo e ancho da nosa Diocese.

Que a Santísima Virxe, a nai do Neno que nace en Belén, bendiga a toda a nosa Diocese e suscite a esperanza que nos alente para camiñar unidos cara a un mundo novo e renovado pola misericordia de Deus.

CANCILLERÍA - SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

El Señor Obispo ha firmado los siguientes nombramientos:

9 de noviembre de 2015

Propuestas al Servicio Galego de Saúde, de Vigo;

Rvdo. Sr. Lic. D. Víctor Bargiela Bargiela, *Capellán del Hospital Meixoeiro*, de Vigo.

Rvdo. Sr. Lic. D. Juan Benito Rodríguez Guerreiro, *Capellán del Hospital Álvaro Cunqueiro*, de Vigo.

Rvdo. Sr. Lic. D. Juan José Sobrino Pino, *Capellán del Hospital Álvaro Cunqueiro*, de Vigo.

Hha. Adela Cruz Luna, *persona idónea del Hospital Álvaro Cunqueiro*, de Vigo.

21 de noviembre de 2015

Don Manuel Expósito González, *Administrador de Cáritas Diocesana de Tui-Vigo*.

2 de diciembre de 2015

Rvdo. Sr. D. Francisco José Cabaleiro Lorenzo, *Administrador Parroquial de San Lourenzo de Belesar*.

25 de diciembre de 2015

M. I. Sr. Lic. D. Santiago Jesús Freire Comesaña, *Canónigo de la Santa Iglesia Catedral*.

EN LA PAZ DE CRISTO

• **Don Ramón Rodríguez Valladares (1928-2015)**

El 16 de diciembre entregó su alma al Creador, en el Hospital Povisa, de Vigo, el **Rvdo. Sr. Don Ramón Rodríguez Valladares**, Párroco de San Xurxo de Mosende.

Había nacido don Ramón en A Pobra do Caramiñal (Archidiócesis de Santiago de Compostela) el 12 de marzo de 1928, hijo de don José y doña Tomasa.

Concluidos los estudios y formación sacerdotal en el Seminario Conciliar de Tui, recibió el Presbiterado en el oratorio del palacio episcopal el 8 de agosto de 1955.

Tras unos días de descanso, es nombrado (14.Sept.) Coadjutor de Santa María de O Porriño, hasta el 1.Oct.1957, en que se le designa Ecónomo de San Cibrán de Mouriscados y Encargado de San Andrés de Meiról.

En 4.Oct.1960, Ecónomo de San Xoán de Amorín y su anejo San Martiño de Currás, y Encargado de San Miguel de Taborda, parroquia que sirve hasta su nombramiento (1963) como Ecónomo -Párroco posteriormente- de san Xurxo de Mosende (10.Sep); y Encargado de Ribadelouro (9.Oct.); confiándosele también la Parroquia de Santiago de Pontellas, en calidad de Párroco, de 1990 hasta 2003.

Recibió cristiana sepultura en el Cementerio parroquial de Mosende.

¡Ramón, vivas en la Paz de Cristo!

CRÓNICA DIOCESANA

AGENDA

Noviembre

- | | |
|-----------|--|
| Día 4 | Misa por los ministros ordenados fallecidos |
| Día 4-20 | Exposición de arte de Cáritas |
| Día 6-8 | Convocatoria de los voluntarios del camino en Santiago de Compostela |
| Día 7 | Asamblea general del Secretariado Bíblico |
| Día 9 | Ágora |
| Día 13-14 | Cursillo de monitores de pastoral juvenil en Santiago de Compostela |
| Día 13 | Cursillo de formación litúrgica
Oración de Taizé en el colegio de Cluny |
| Día 14 | Retiro de apostolado seglar
ENS. Peregrinación mariana a Lugo |
| Día 15-20 | Ejercicios espirituales del clero en Canedo |
| Día 15 | Día de la Iglesia Diocesana |
| Día 16 | Àgora
Jornada de formación de técnicos de Cáritas en Santiago de Compostela |
| Día 17 | Cursillo de formación litúrgica |
| Día 20 | Subasta de Arte en favor de Cáritas |
| Día 21 | 1ª Jornada de la Escuela de Evangelización |
| Día 25 | Fiesta de santa Catalina |
| Día 27 | Oración de Taizé en el colegio de Cluny |
| Día 28 | Retiro de la CONFER en el colegio de Cluny en Vigo
Encuentro juvenil de música (Pastoral Juvenil) |

Diciembre

Día 1	Dedicación de la Santa Iglesia Catedral
Día 3	Encuentro misionero de voluntarios y colaboradores
Día 4	Vigilia de la Inmaculada
Día 9	Convivencia de Navidad de Movimientos
Día 11	Oración de Taizé en el colegio de Cluny Cursillo de Formación litúrgica
Día 12	Retiro de profesores de Religión
Día 13	Apertura del Año Jubilar de la Misericordia
Día 14-19	Navidad Misionera
Día 14	Ágora
Día 15	Día del voluntariado de Cáritas y Eucaristía de Navidad
Día 16	Reunión diocesana de Pastoral de la Salud Convivencia navideña de la CONFER Convivencia sacerdotal en Canedo
Día 18	Cursillo de pastoral litúrgica
Día 19	Convivencia de Navidad de ENS
Día 20	Concierto Clásico de Navidad organizado por la pastoral Universitaria
Día 21	Ágora
Día 22-23	Apostolado del Mar: Celebración de Navidad
Día 27	Jornada de la Sagrada familia